

VELEIA

REVISTA DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA, ARQUEOLOGÍA
Y FILOLOGÍA CLÁSICAS

Comité de Redacción:

I. BARANDIARÁN J. L. MELENA M. QUIJADA J. SANTOS V. VALCÁRCEL

Secretario:

J. GORROCHATEGUI

5



INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD
AINTZINATE-ZIENTZIEIN INSTITUTUA

SERVICIO EDITORIAL
UNIVERSIDAD DEL PAIS VASCO



ARGITARAPEN ZERBITZUA
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

VITORIA

1 9 8 8

GASTEIZ

ESTADO ACTUAL DEL CONOCIMIENTO DEL NEOLÍTICO EN EL PAÍS VASCO PENINSULAR

Se pretende ofrecer en estas páginas un estado de la cuestión de los datos que actualmente poseemos acerca del Neolítico en el País Vasco peninsular: repasando las estratigrafías y colecciones disponibles, evaluándolas de forma general y esbozando algunas explicaciones sobre el desarrollo de esa cultura. Es evidente que habrá de irse matizando esta puesta al día con la publicación de los yacimientos que ahora se hallan en curso de excavación o de elaboración definitiva *.

El Neolítico es una de las etapas más oscuras de la Prehistoria vasca y, en general, de la Cornisa Cantábrica. La importancia y riqueza de los períodos paleolíticos, especialmente del superior, y la abundancia de evidencias megalíticas tan espectaculares han polarizado la atención de la mayoría de los prehistoriadores que se han ocupado de la zona.

Los datos que hoy disponemos para el conocimiento del Neolítico aquí son en su mayoría producto del trabajo de excavación desarrollado en los últimos quince años en yacimientos con estratigrafías de esta época. La mayoría de sus estudios completos está lógicamente todavía sin concluir, de modo que el más importante caudal de datos se conoce únicamente por avances de lo que serán elaboraciones de amplias y definitivas memorias de excavación. Sin embargo, en el estado actual de nuestros conocimientos, parece que se puede ya replantear desde la base una teoría acerca del inicio y alcance del Neolítico en territorio vasco en el sentido de:

- a) afirmar la fecha temprana de los comienzos de la neolitización;
- b) establecer la periodización interna del período, basada en datos estratigráficos;
- c) reconocer algunas de las características básicas de los ajuares; y
- d) determinar diversas áreas y/o modelos de comportamiento de los diferentes yacimientos del área estudiada.

No vamos ahora a aclarar cuál es el correcto concepto de Neolitización, ni a discutir acerca de la validez de la aplicación del término a poblaciones lejanas de las áreas de máxima expansión de los progresos que ese fenómeno histórico conlleva: sedentarización, economía productora, etc... Evidentemente quedan lejos los modelos de referencia del Levante peninsular y, en un marco más amplio, del Occidente mediterráneo. Parece más apropiado repasar las diversas evidencias puestas de manifiesto por secuencias estratigráficas bien controladas, comprendiéndolas en su encuadre ambiental/cultural propio: de poblaciones situadas en territorios interiores y, en parte, en la fachada atlántica, que han llegado a un estadio evolutivo determinado y que intermitentemente reciben nuevos influjos llegados de fuera.

* Este texto fue preparado para presentar como comunicación en la ponencia de «Antecedentes prehistóricos de Euskal Herria» de la sección I de Antigüedad y Edad Media del «Congreso de Historia de Euskal Herria», celebrado en el seno del *II Congreso Mundial Vasco* (Bilbao, 30 de noviembre - 4 de diciembre de 1987). Por im-

posición del espacio máximo aceptado en sus actas, hubo de reducirse sustancialmente, publicándose con el título de «El Neolítico en el País Vasco Peninsular», pp. 52-71 del Vol. I, Sección I, de las correspondientes pre-actas. Ofrecemos aquí su versión íntegra en texto e ilustraciones.

I. ANTECEDENTES HISTORIOGRÁFICOS

En la Historia de la investigación del Neolítico en el País Vasco debemos señalar las obras de aquellos prehistoriadores que se han preocupado por ofrecer visiones de conjunto sobre el tema.

En 1953, J. M. de Barandiarán, basándose en la estratigrafía de Santimamiñe, reconoce restos del Neolítico en Lumentxa, Bolinkoba, Urtiaga, Ermitia, Uriogaina, Isturitz y Mouligna, haciendo una descripción básica de los elementos materiales que integran el ajuar de ese período (J. M. de Barandiarán, 1953, pp. 124 y ss.).

Partiendo de esas identificaciones, A. M. Muñoz (Muñoz, 1966) se plantea un estudio crítico de las cerámicas de algunos yacimientos: Urtiaga y Ermitia en Guipúzcoa, Santimamiñe y Lumentxa en Vizcaya, Mairuelegorreta y Txuriturri en Álava, Berroberría en Navarra; conociendo en bibliografía las de Mouligna, Isturitz y Uriogaina en el País Vasco continental. Llega a la conclusión de que los restos de los diferentes yacimientos son muy semejantes entre sí, siendo sus formas (fondos planos) y decoraciones (cordones en relieve, digitaciones) de tipología muy avanzada, por lo que apunta la posibilidad de la perduración aquí de formas de vida mesolíticas hasta llegar la Edad del Bronce, época en la que se formarían los niveles estudiados.

En 1972, G. Marsan en su Tesis de Tercer Ciclo, revisa el problema del Neolítico en Pirineos Occidentales, incluyendo todo el País Vasco, y concluye que la neolitización de los grupos humanos de esta zona «aparece como un fenómeno tardío que no modifica fundamentalmente las tradiciones industriales de las poblaciones interesadas. La adquisición y utilización de la cerámica parece, en efecto, constituir un aporte marginal» (Marsan, 1972, p. 247).

En 1974 y 1975 Apellániz publica su Tesis Doctoral sobre la Prehistoria con cerámica del País Vasco peninsular, iniciada en el Neolítico. Plasma en sus grupos «de Santimamiñe» y «de Los Husos» la existencia de dos áreas diferenciadas culturalmente basadas en hechos geográficos. Los yacimientos epónimos de ambas áreas, cuyas estratigrafías son largamente revisadas, marcan las pautas de comportamiento de los primeros usuarios de la cerámica en el País Vasco. Esencialmente se distingue un período «preneolítico» con economía mesolítica representado en los yacimientos de Tarrerón, Kobeaga II, niveles IV a II de Marizulo y II y III de Arenaza I; de otro plenamente neolítico, también extendido por la vertiente del Ebro, donde la cueva de Los Husos presenta el modelo de evolución más detallado de la zona (Apellániz, 1974 y 1975a).

Desde entonces hasta ahora se han excavado varios yacimientos con estratigrafías elocuentes y se han hecho algunos análisis complementarios (de fauna, de polen, de cronología absoluta) que proporcionan un aumento considerable en el caudal de los datos que hasta ahora se han manejado y permiten articular mejor el encuadre cronológico de sus etapas.

II. LAS EVIDENCIAS BÁSICAS

Aparte de las estaciones en las que se han citado en diferentes ocasiones restos atribuibles al Neolítico (tales como Lumentxa, Goikolau, Abittaga, Urtiaga, Ermitia...) que han proporcionado evidencias aisladas o en contextos poco claros, vamos a revisar brevemente las estratigrafías de aquellos yacimientos que, por ahora, me han parecido más interesantes para el conocimiento del Neolítico en el País Vasco: Arenaza, Santimamiñe y Kobeaga de Vizcaya; Marizulo de Guipúzcoa; Fuente Hoz, Montico de Charratu y Los Husos de Álava; y La Peña, Abauntz, Padre Areso y Zatoya de Navarra (Fig. 1). En este último territorio, la cueva de Berroberría ha proporcionado en los trabajos

de limpieza de cortes de antiguas excavaciones una interesante estratigrafía que ha de concretarse en próximas campañas de excavación. Se ha evidenciado una secuencia (dejando aparte los niveles magdalenienses) que después del Aziliense típico desarrolla ocupaciones en un Epipaleolítico antiguo postaziliense, un Epipaleolítico reciente con elementos geométricos, y un conchero de *Helix nemoralis* en cuya mitad superior aparece la cerámica (I. Barandiarán, 1979).

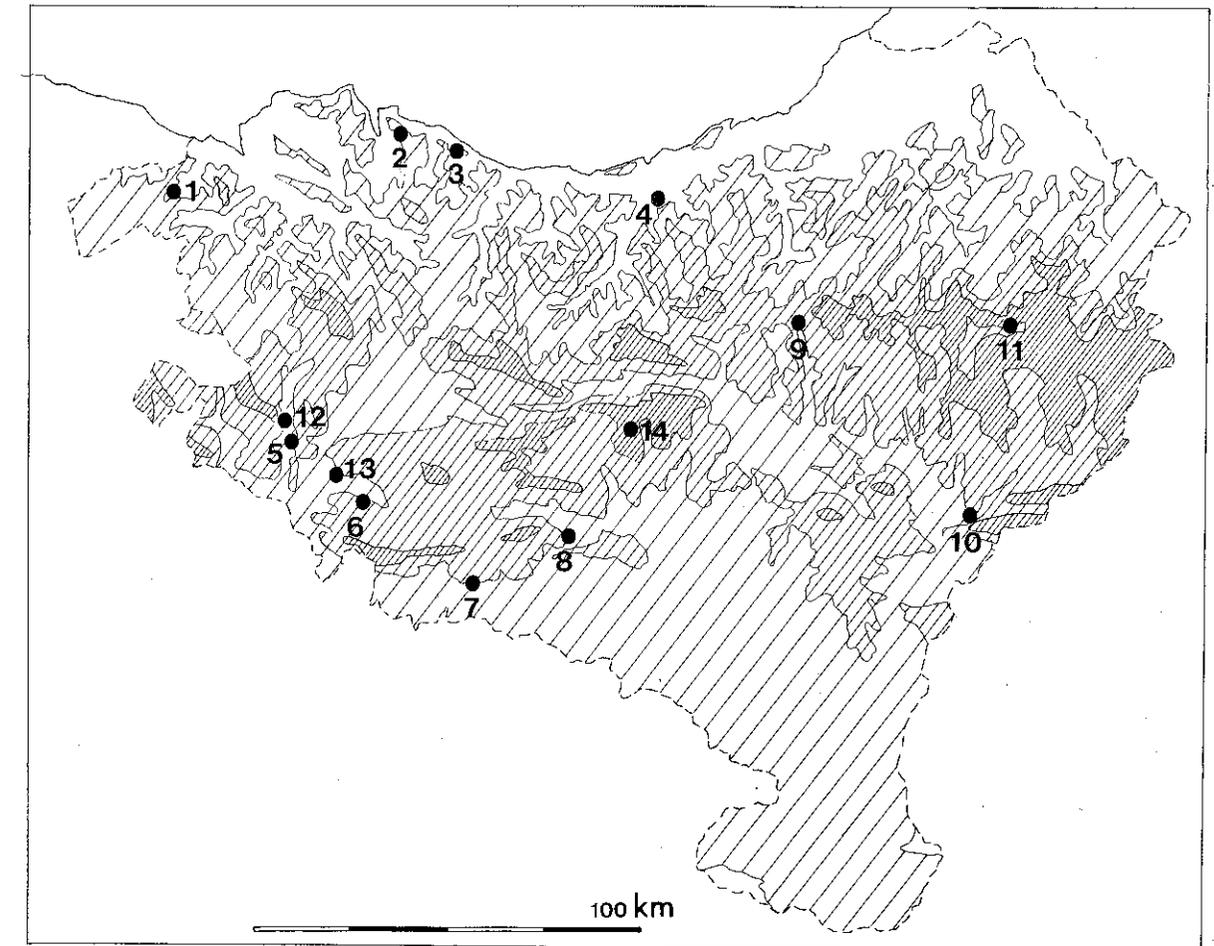


FIG. 1. Mapa de distribución de los yacimientos del Neolítico en el País Vasco peninsular: 1. Arenaza; 2. Santimamiñe; 3. Kobeaga; 4. Marizulo; 5. Fuente Hoz; 6. Montico de Charratu; 7. Los Husos; 8. La Peña; 9. Abauntz; 10. Padre Areso; 11. Zatoya; 12. Berniollo; 13. La Renke; 14. Urbasa 11

1. Arenaza (San Pedro de Galdames, Vizcaya)

Cueva con gran vestíbulo donde J. M. Apellániz viene desarrollando campañas anuales de excavación, desde 1972 hasta la actualidad. Hasta 1981 se practicaron amplios sondeos que llegaron a detectar una secuencia de niveles que abarcaba desde el Magdaleniense hasta época romana. En los últimos años se ha planteado una excavación del yacimiento en extensión, abriéndose un área de trabajo de hasta 140 metros cuadrados.

Interesan especialmente los resultados de las tres primeras campañas, publicados en extenso en 1975 (Apellániz-Altuna, 1975a, 1975b y 1975c), por haberse identificado y descrito en ellas un

conjunto neolítico (en la base del nivel I), y otro considerado genéricamente como neolítico precerámico (niveles II y III).

En resumen, y a la espera de la memoria definitiva que debe necesariamente ampliar la información de estos interesantes conjuntos, la estratigrafía de las capas superficiales del yacimiento se resume según lo publicado en:

- Nivel I, subdividible en varios estadios: IA, vascorromano; IB, con restos humanos relativamente dispersos, probablemente del Eneolítico y/o Bronce; IC, con posibilidad de atribuirlo al Neolítico en sus dos subniveles: IC1 y IC2.

El subnivel 1 proporcionó un lote de 9 fragmentos de cerámica en la II campaña y otros correspondientes a dos vasos en la III. Son piezas lisas, de formas ovoideas, alguna con orificios de suspensión, y otra con decoración impresa. La industria lítica retocada se reduce a 8 objetos en la II campaña, destacando una punta de dorso, un microburil y algunas raederas/denticulados; en la III campaña se citan un segmento de círculo y un triángulo isósceles con retoque «marginal, casi plano, en vez de abrupto» (Apellániz-Altuna, 1975c, p. 194).

El subnivel 2 proporcionó en ambas campañas alrededor de una docena de fragmentos de cerámica: uno con asa tuneliforme y varios con decoración impresa a veces combinada con incisiones. La industria lítica con retoque se reduce a 5 objetos: dos raederas o lascas denticuladas, un raspador corto, una lasca con muesca y un triángulo de Téviac con truncadura cóncava. Es interesante constatar la aparición en la zona revuelta excavada en la I campaña de un fragmento de cerámica impresa identificada como cardial.

Se propone una cronología para el Neolítico de Arenaza, de corte «antiguo», de alrededor de 3300 BC, hecho que se ha visto confirmado por la fechación absoluta de 3015 ± 195 BC (Altuna, 1980, p. 12; Marcos, 1982, p. 20) para un Neolítico genérico que Altuna precisa en el subnivel IC1 y Marcos coloca simplemente en el nivel I.

- El relleno de los niveles II y III es subdividible en dos fases culturales (Apellániz-Altuna, 1975a, p. 153): una tardía formada por los lechos A a D del nivel II en los que se recogieron hasta 56 objetos líticos retocados que se describen en la I campaña. Entre ellos predominan ampliamente las raederas/denticulados, algunos raspadores (la mayoría nucleiformes), un perforador, un bec y un buril. Destacan como más característicos un trapecio simétrico corto y 3 triángulos escalenos (tipo Châteauneuf o Fère). Entre otros materiales cabe destacar la presencia de una esquirla de hueso apuntada y dos fragmentos de roca (una arenisca y otra ofita) con huellas de pulimento. Una fechación de C14 ha dado los 7650 ± 160 BC (Marcos, 1982, p. 20) considerada excesivamente alta para el contexto clasificado como tardenoide sin posibilidad de mayores precisiones.

Una segunda fase antigua, integrada por los lechos inferiores de II (E, F y bolsada intermedia entre II y III) y III. Se describen un total de 64 piezas retocadas con una base industrial semejante al conjunto anteriormente referido, con una relativa mayor proporción de raspadores cortos (7), buriles (2) y destacando además un microburil y varias laminillas de dorso (9). Además, como elementos de adorno, se han hallado dos conchas de *Nassa reticulata* perforadas. El nivel III se ha datado en 8350 ± 180 BC, también considerada como fecha excesivamente antigua. Se destaca especialmente el fenómeno de los dorsos «lo cual parecería llevarnos a un período anterior, quién sabe si a una fase tardía de lo Asturiense» (Apellániz-Altuna, 1975a, p. 153).

La industria lítica, aunque muy escasa, es bastante elocuente en el sentido de que se aprecia una relativa claridad en la evolución de las formas residuales del Paleolítico superior con base

significativa de dorsos microlíticos (nivel III) que circunscribe el conjunto a un ambiente post-aziliense, hacia formas mesolíticas con la introducción de los elementos geométricos (nivel II). La aparición de la cerámica, la domesticación de especies animales y algunos geométricos de retoque no abrupto en IC, son los testimonios de la neolitización que, a juzgar por la fecha de C14, se produce en un momento relativamente tardío.

Las fechaciones para los niveles precerámicos, elaboradas por el CSIC, parecen sólo ligeramente elevadas, ya que los comienzos de la geometrización se han controlado en el País Vasco a partir del 6000 BC aproximadamente, mientras que fechas de 8000-7000 BC son relativamente apropiadas para conjuntos inmediatamente post-azilienses.

2. Santimamiñe (Cortézubi, Vizcaya)

Cueva cuyo yacimiento fue excavado por Aranzadi, Barandiarán y Eguren entre 1918 y 1922; por los dos primeros entre 1923 y 1926 y, finalmente, por J. M. de Barandiarán en 1960 y 1961. Ofrece un total de ocho niveles arqueológicos que se describen ampliamente en las memorias de excavación correspondientes (Aranzadi-Barandiarán-Eguren, 1931; Aranzadi-Barandiarán, 1935; Barandiarán, 1962).

Los niveles III y IV se incluyen en un estadio de conchero (de ostras y chirlas fundamentalmente) con un espesor variable entre los 70 cms. y los 2 metros. Mientras que la parte superior de este conchero, correspondiente al nivel III, que contiene restos cerámicos fue atribuida al Neolítico, la parte inferior, o IV, carece de cerámica y su ajuar con «un fondo aziliense y aun paleolítico, comprende también elementos que tienen paradigmas tanto en la industria llamada Campiñense como en la Asturiense y en la Tardenoisense de otras regiones». Su posición estratigráfica entre el Aziliense y el Neolítico hace que se considere como un período de transición pre-neolítico o neolítico acerámico.

Recientemente se ha publicado la revisión de la fauna (Castaños, 1984) a la que nos referiremos detalladamente más adelante por la importancia de los datos que aporta sobre la evolución de la domesticación animal en este yacimiento. En 1975 publiqué la industria lítica de los niveles postazilienses excavados en los años 1918-1926 cuyos datos resumo a continuación:

- Nivel III: un total de 249 instrumentos repartidos entre 71 raspadores, 19 perforadores, 28 buriles, 22 piezas mayores de dorso (11 son lascas), 1 compuesto, 18 laminillas de dorso, 49 denticulados (16 sobre lasca y el resto en lámina), 7 truncaduras, 9 geométricos (3 trapecios, 5 triángulos y 1 segmento, todos ellos de retoque abrupto) y 25 diversos (7 piezas con retoque continuo, 5 raederas, 9 crestas, 3 piezas con retoque cubriente y 1 canto tallado) (Fig. 2, 5 a 15 y 21).

La cerámica es totalmente atípica (Apellániz, 1975a, p. 55) y se reduce a varios fragmentos correspondientes a vasos ovoideos lisos, con perforaciones de suspensión, con cordones con impresiones de uñas, o con incisiones horizontales paralelas (Apellániz, 1975a, pp. 40, 41).

- Nivel IV: un total de 268 piezas líticas que se reparten entre 75 raspadores, 13 perforadores, 37 buriles, 25 piezas mayores de dorso (de las cuales 10 son lascas y 2 rasquetas), 3 compuestos, 28 laminillas de dorso, 44 denticulados (15 lascas y el resto laminas), 8 truncaduras, 6 geométricos (3 trapecios y 3 triángulos: uno de estos últimos con retoque en doble bisel y otro con espina central), 29 útiles diversos (4 piezas con retoque continuo, 7 raederas, 15 crestas, 1 pieza foliácea apuntada y 2 diversos) (Fig. 2, 16 a 20 y 22 a 27).

Ambos niveles son semejantes en su distribución industrial por grupos tipológicos: su secuencia estructural está dominada por raspadores, denticulados y buriles; en los últimos lugares, con

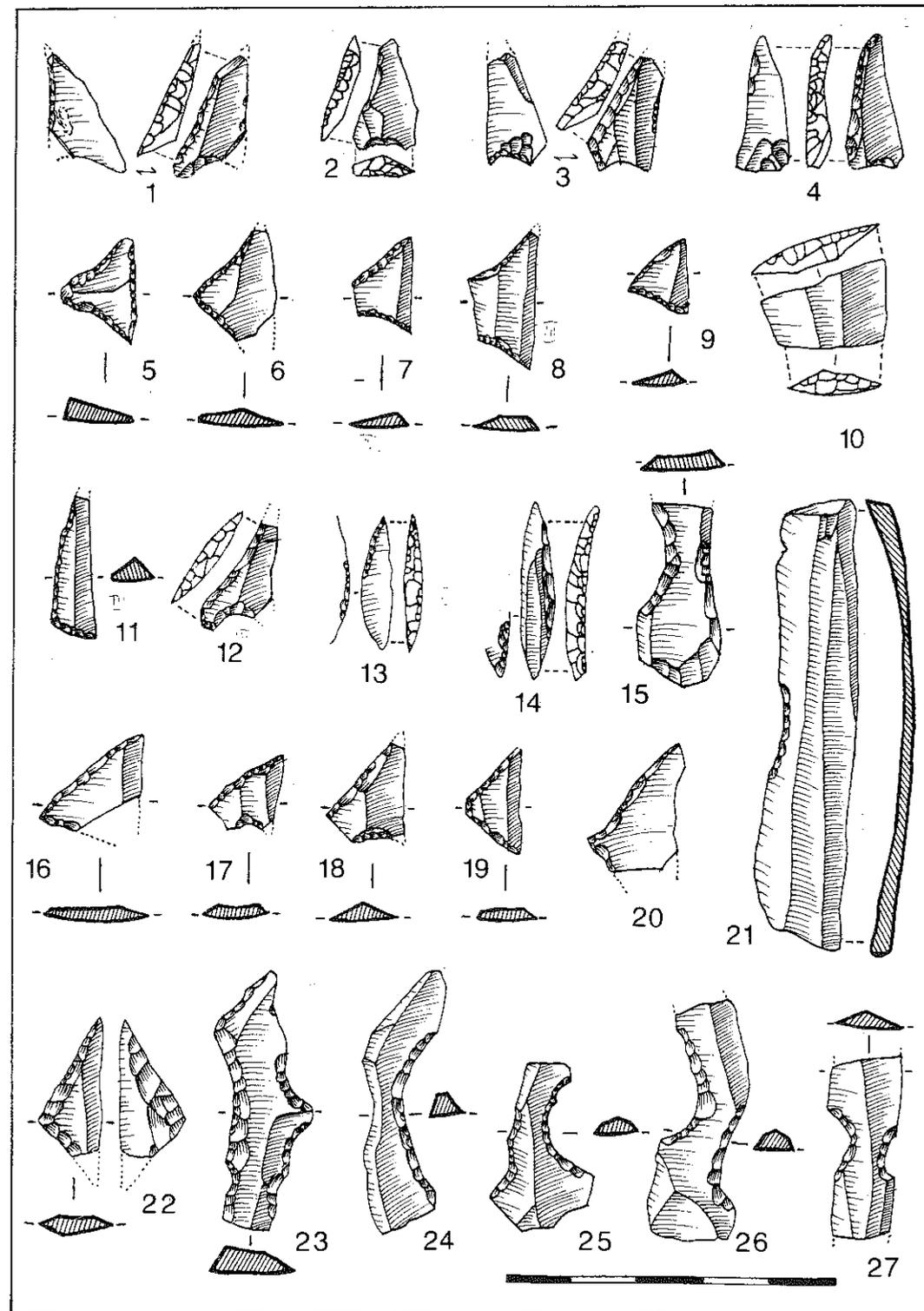


FIG. 2. Piezas líticas de Kobega (núms. 1 a 4, según M. Muñoz); de Santimamiñe, nivel III (núms. 5 a 15 y 21) y nivel IV (núms. 16 a 20 y 22 a 27)

escasos efectivos, se encuentran truncaduras, geométricos, compuestos y microburiles; finalmente, en los lugares medios se hallan los dorsos y los diversos. La variación o tendencia evolutiva más interesante de destacar es de más antiguo a más moderno (a pesar de apenas afectar al orden de las secuencias estructurales): la progresión leve de los raspadores a costa de los buriles; la progresión de los denticulados con típicas piezas de lámina (con muescas y denticuladas); la regresión de piezas y laminas de dorso. Los geométricos son muy escasos, por lo que no se pueden extraer conclusiones válidas de ellos. Esta tendencia evolutiva se acentúa en sentido lineal en el nivel II, con el aumento de raspadores y denticulados y la disminución drástica de dorsos y buriles (Cava, 1975).

Aparte de las dudas estratigráficas que pueden surgir a la vista de materiales procedentes de excavaciones antiguas, se puede considerar a Santimamiñe como un yacimiento donde se produce un proceso de evolución de las industrias desde el Paleolítico superior hasta etapas posteriores al Neolítico. En los niveles que ahora nos ocupan, es interesante la evolución lógica de las industrias desde formas microlaminares abruptas y buriles, hacia otras más típicamente mesoneolíticas con denticulados y retroceso de las categorías anteriores. Sin embargo, en este yacimiento las piezas características de esos momentos claves en el desarrollo de la población hacia una economía de producción son muy escasas, conservándose siempre un fuerte sustrato de tradición superpaleolítica: es decir, un conjunto industrial poco especializado.

La incidencia de la cerámica apenas altera la marcha de la secuencia evolutiva del yacimiento, por lo que se la debe considerar como un elemento más que se adjunta a la propia estructura del utillaje de los ocupantes del lugar. La domesticación parece demasiado tempranamente arraigada en estas poblaciones si se compara con otros yacimientos cercanos que presentan restos de animales domésticos en un contexto industrial bastante más avanzado que Santimamiñe.

3. Kobega II (Ispáster, Vizcaya)

Pequeño abrigo excavado en 1973 por J. M. Apellániz en el que se puso de manifiesto un único nivel arqueológico perteneciente a un asentamiento humano en el que, en un medio de conchero importante (con mayoría absoluta de lapas y escasos caracoles, mejillones y ostras) de unos 35 cms. de espesor, se diferencia un hogar. En las inmediaciones de esta estructura se recogieron: escasos huesos determinables de *Sus scrofa* y *Capreolus capreolus*, 4 fragmentos de cerámica lisa, una laja de arenisca pulida, cuarzo hialino y un punzón biapuntado en hueso. La industria lítica tallada consta de 298 objetos de los cuales 237 son lascas y laminas no retocadas; entre los útiles se describen (en este orden, de más a menos abundante): laminas con escotaduras, microlitos triangulares, raspadores nucleiformes, microburiles, reaederas sobre lasca y perforadores (Apellániz, 1975b, pp. 238-239).

M. Muñoz (1976, p. 49 y fig. 4) dibuja y describe los 8 geométricos: triángulos escalenos con truncadura menor cóncava, uno de ellos tiene relativamente desarrollado el ápice de unión de ambas truncaduras, y otros dos poseen retoques inversos planos en el lado menor y sin retocar o escasamente trabajados por el anverso, al estilo de las puntas de Sonchamp (vid. también Apellániz, 1975a, p. 132, foto 4) (Fig. 2, 1 a 4).

Apellániz considera este yacimiento como adscribible a una etapa final del Mesolítico en la que se producen los primeros signos de neolitización (Apellániz, 1975a, p. 53), en todo comparable al nivel III de la cueva de Tarrerón.

Kobega II es un interesante yacimiento que presenta una industria lítica homogénea y característica. El lote de triángulos es típico de una etapa avanzada del geometrismo que no es extra-

ño que se produzca de modo sincrónico a la aparición de las primeras cerámicas. Las piezas de Sonchamp, semejantes a las aparecidas en el nivel I de la cueva de Zatoya junto a un equivalente conjunto lítico básico y presencia también de cerámica lisa y tosca, es un elemento válido e interesante para comparar ambos yacimientos, aunque evidentemente distintos en su aspecto económico que depende del entorno ecológico diverso en el que se sitúan.

4. Marizulo (Urnieta, Guipúzcoa)

Cueva de dimensiones no demasiado amplias, excavada por M. Laborde, J. M. de Barandiarán, T. de Atauri y J. Altuna entre los años 1962 y 1965 (Laborde y otros, 1965, 1966 y 1967). La estratigrafía se puede reducir a cuatro niveles arqueológicos no demasiado ricos en restos manufacturados. Un resumen de los estratos y su contenido se ofrece a continuación basado en un más amplio inventario publicado por mí en 1978 (Cava, 1978).

- Nivel I: nivel sepulcral, con cerámica poco característica, cuentas varias y una industria lítica compuesta por 26 objetos retocados: 7 raspadores, 1 buril, 4 denticulados (uno es lasca y el resto láminas, Fig. 4.1), 4 truncaduras, 2 geométricos (un segmento y un triángulo, ambos de retoque simple inverso, Fig. 4, 2 y 3), 1 dudoso microburil, 1 raedera en lasca y 1 pieza macrolítica, de sección gruesa, que se clasificó como «cincel» de tipología campañense (Fig. 3), con un extremo apuntado y otro redondeado; además se clasificaron 5 lascas y fragmentos de láminas con algún retoque.
- Nivel II: con algunos ejemplares de industria ósea y 26 objetos líticos retocados: 6 raspadores, 3 perforadores, 2 buriles, 1 laminita con retoque semiabrupto, 1 truncadura, 7 láminas(-itas) denticuladas, 1 raedera en lasca, 2 lascas y 2 láminas con retoque simple, además de un cristal de roca con dudosos retoques
- Nivel III: con algunos objetos óseos y una industria lítica compuesta por 13 objetos retocados: 4 raspadores, 5 láminas(-itas) denticuladas, 2 lascas con retoque abrupto, 1 truncadura y 1 cristal de roca con extracciones laminares, además de 2 nucleítos globulares
- Nivel IV: identificado sólo en las bandas 5 y 7, además de algunos elementos de industria ósea proporcionó 7 objetos líticos retocados: 2 raspadores, 2 perforadores, 2 lascas con muescas y 1 con retoque simple.

En cuanto a la interpretación cultural del depósito de Marizulo, seguía en 1978 fundamentalmente la clasificación hecha por los propios excavadores del yacimiento: los niveles III y IV como del Epipaleolítico antiguo, o post-Aziliense, cuya abundancia en *Helix nemoralis* podría adscribirlo a una etapa no lejana al comienzo del Boreal (6500-6000 BC), aunque realmente la industria lítica sea demasiado escasa y poco significativa para asegurar tal atribución. El nivel II representaría el paso del Epipaleolítico al Neolítico sin que tampoco haya apenas argumentos para afirmarlo taxativamente, a no ser por los restos de un perro doméstico, animal cuya domesticación, por otra parte, es de sobra conocida en contextos anteriores al Neolítico. Finalmente, el nivel I parece reunir elementos característicos de varias épocas: Eneolítico (y quizá Edad del Bronce) y Neolítico. Utilicé la fechación de un enterramiento individual en cista practicado en el interior de la cavidad (cuadro 11 C) para reafirmar la posibilidad de existencia de tal Neolítico, rechazado por otros autores, a la vez que proponía una cronología de esa época para los dos geométricos aparecidos en la parte exterior del yacimiento. Asimismo rechacé los paralelismos eneolíticos propuestos por los anteriores autores para el «cincel», subrayando su tipología campañense que no rechaza una datación neolítica coincidente con la obtenida en el enterramiento.

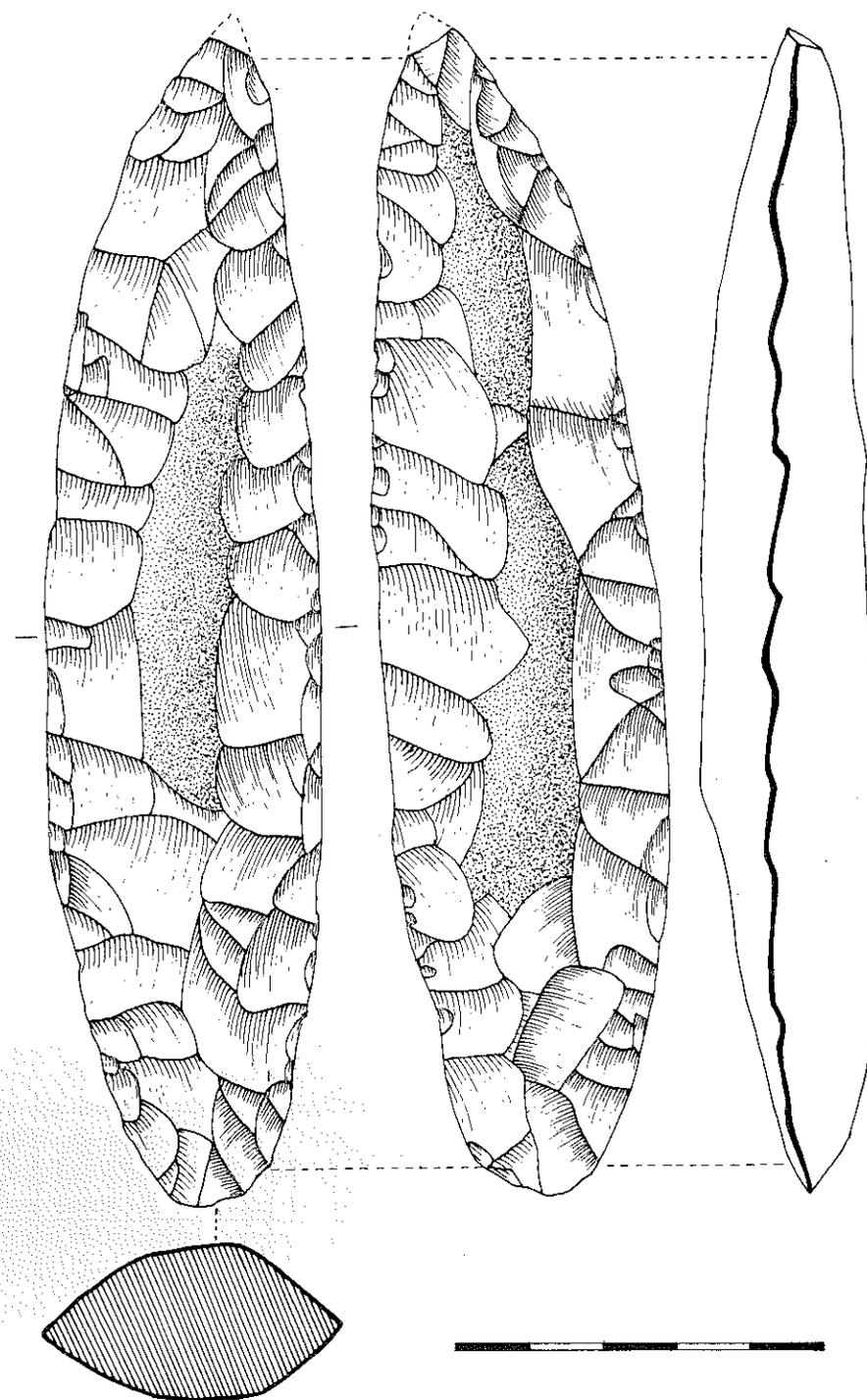


FIG. 3. Marizulo, nivel I

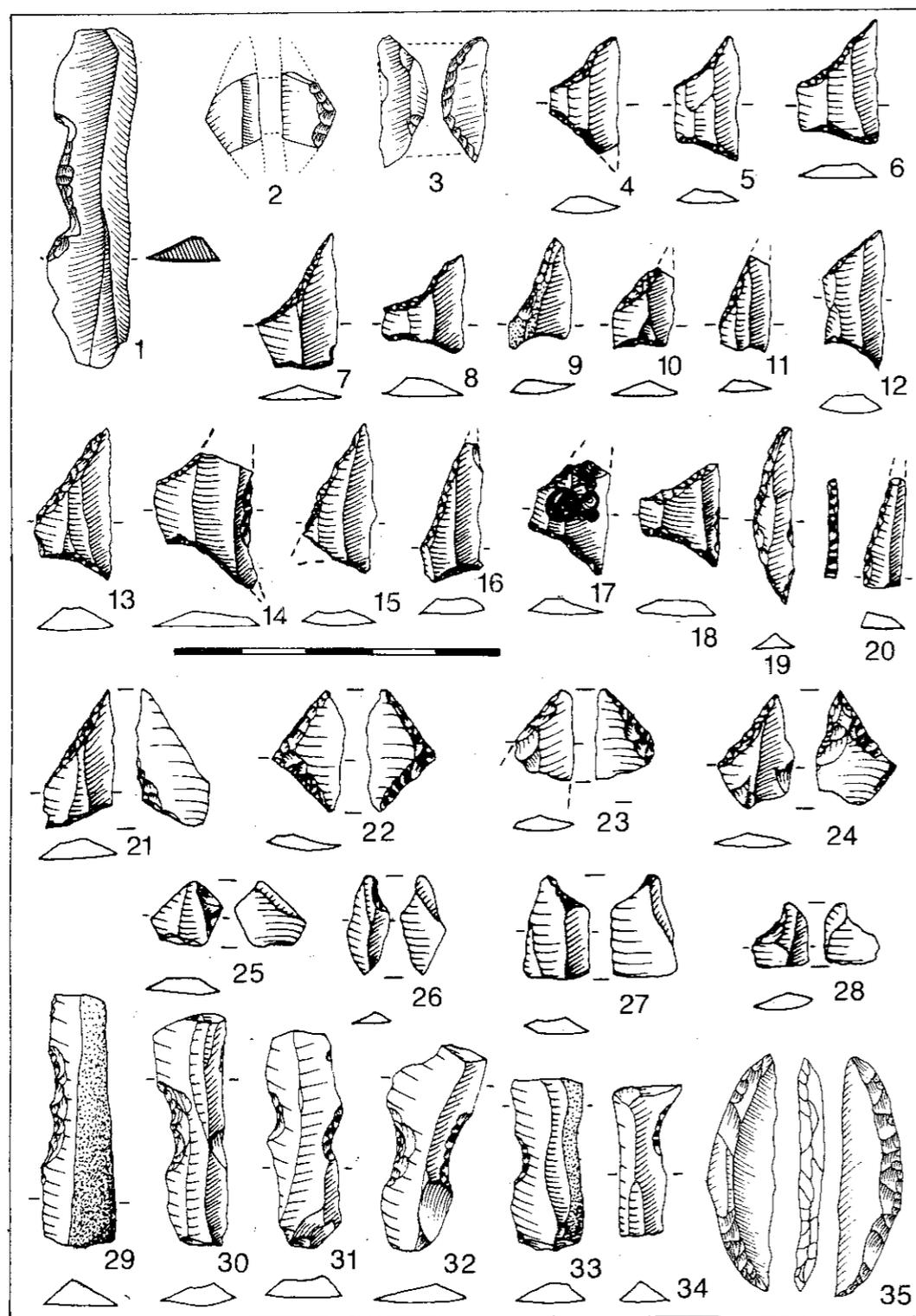


FIG. 4. Piezas líticas de Marizulo, nivel I (núms. 1 a 3); de Fuente Hoz, nivel I (núms. 4 a 34, según Baldeón y otros); y de Los Husos, estrato IV (n.º 35, según Apellániz)

En la actualidad sigo opinando que los niveles sin cerámica son muy pobres, que únicamente su posición estratigráfica consecutiva así como hechos tales como la aparición de *Helix nemoralis* abundantes pueden indicar una evolución *in situ* de unas industrias holocenas y que, evidentemente, esa evolución debe ir desde un momento mesolítico más antiguo (nivel IV) a otro más próximo al Neolítico (nivel II). Respecto al nivel I, considero acertada la interpretación de A. Armendáriz y F. Etxeberria (1983, p. 293) en cuanto a la existencia de dos momentos sepulcrales consecutivos: uno individual en la base, en la citada cista fechada en el IV milenio en la que además se incluyeron los restos de un perro y de un cordero, y otro colectivo posterior cuyos restos se encontraron muy dispersos y, en parte, revueltos. También reitero mi opinión acerca del carácter no eneolítico (tipológicamente) del «cincel» campañense aparecido en el nivel I; en ningún momento he afirmado la inclusión de este objeto dentro de la sepultura individual, sino que por tipología es asimilable al momento cultural reflejado en aquella datación, cronología que también parece oportuna para las dos piezas geométricas de retoque no abrupto aparecidas en el vestíbulo de la cueva. Si el examen tipológico de la pieza campañense no fuera suficiente para darle una cronología neolítica, ya que piezas trabajadas con esa técnica pueden aparecer en momentos anteriores o posteriores al señalado (no olvidemos que el Campañense, más que una cultura en sí, es una facies técnica de la industria lítica desde finales del Mesolítico), su posición estratigráfica con respecto a coordenadas cartesianas revela una profundidad de 60 cms. (sigla 11C.60.1), cinco centímetros por debajo del enterramiento que ha proporcionado la fecha del paso del segundo al tercer tercio del IV milenio.

5. Fuente Hoz (Anúcita, Álava)

Pequeño covacho semidestruido, conserva en su fondo los restos de una estratigrafía que, excavada por A. Baldeón entre 1979 y 1986, ha proporcionado una secuencia continua de hasta cuatro niveles arqueológicos, de los cuales el I, el más superficial, está ya publicado extensamente (Baldeón y otros, 1983a), mientras que el resto se conoce a través de breves informes publicados en *Arkeoikuska* (81-81, 83, 84 y 85) y en artículos divulgativos (Baldeón, 1983; Baldeón-Ortiz, sin fecha). La estratigrafía observada es la siguiente:

- Nivel I: encierra restos humanos inhumados, abundantes restos de fauna (con representación de especies domésticas) y las industrias siguientes: fragmentos de cerámica prehistórica lisa con los que se ha podido reconstruir una forma de cuenco con paredes espatuladas; en hueso, una esquirra aguzada y dos fragmentos de espátula; una cuenta discoidea de caliza blanca. La industria lítica ofreció un total de cerca de un centenar de piezas retocadas entre las que destacan 2 raspadores, 1 buril, 3 laminas de dorso, 2 truncaduras, 22 denticulados, 25 geométricos y 19 microburiles; por lo que la secuencia estructural está dominada ampliamente por geométricos + microburiles, completados por piezas denticuladas, 12 de las cuales son láminas con muescas o denticuladas, pertenecientes con probabilidad al contexto técnico del geometrismo (Fig. 5, 4 a 34).
- Nivel II: de cronología neolítica, con huellas de hogares y restos de fauna exclusivamente salvaje. La industria lítica se compone de geométricos, microburiles, láminas denticuladas, raspadores y buriles. En este momento aparecería ya la cerámica [(Baldeón, 1983, p. 26), aunque otros autores contradicen esta presencia (Ortiz, 1987, pp. 86-87)], así como colgantes de *Columbella rustica*.
- Nivel III: de cronología epipaleolítica, se han identificado zonas de hogar y de evacuación de residuos; se han recogido abundantes restos paleontológicos, así como conchas de *Co-*

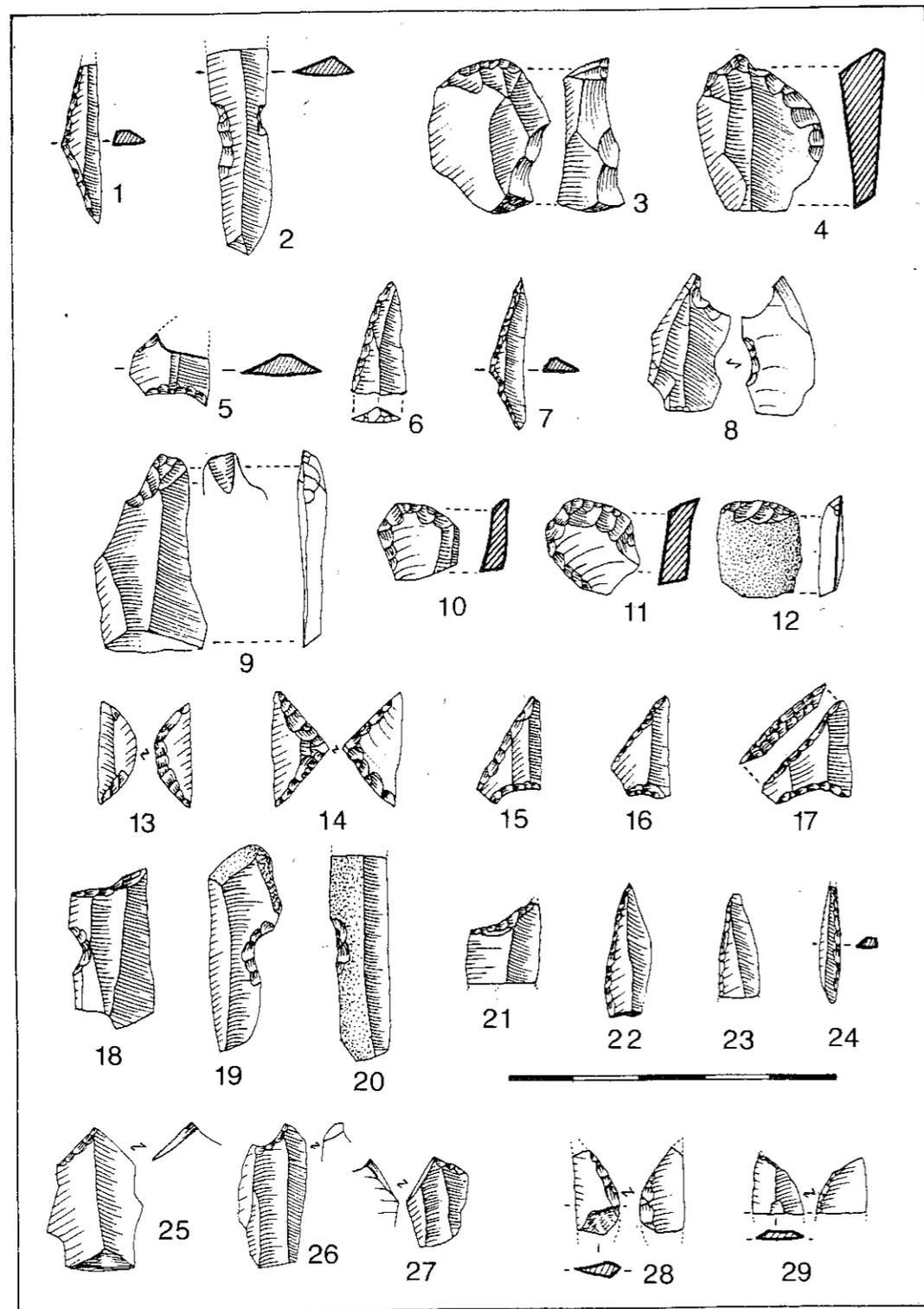


FIG. 5. Piezas líticas de Montico de Charratu, nivel I (núms. 1 y 2), nivel II (núms. 3 a 8), nivel III (núms. 9 a 27); y de La Peña nivel d superior (núms. 28 y 29)

lumbella rustica perforadas. La industria lítica se compone de geométricos, microbutiles, raspadores y buriles, con un abundante utillaje de fondo común.

En la parte inferior del nivel III (lechos 35 a 38) se aprecia una disminución de geométricos y microbutiles, aumentando la proporción de los denticulados. Se citan entonces *Helix nemoralis*, así como restos de ciervo y cabra; aumentan núcleos y restos de talla de tamaños mayores que en el resto de la secuencia.

- Nivel IV: en 1984 se individualizó este nivel con un cambio de facies industrial, a la vez que el yacimiento se empobrecía considerablemente tanto en industrias como en restos paleontológicos. Los tipos líticos que aparecen son denticulados, raspadores, un buril, piezas de retoque abrupto (truncaduras y laminitas).

Hay una buena serie de dataciones absolutas que se reparten por todos los niveles. De arriba abajo: Ia: 3290 ± 110 (I-11588); Ib: 3210 ± 110 (I-11589); II (lecho 16): 4170 ± 280 (I-12084); III (lecho 21): 5890 ± 130 (I-), (lecho 23): 5190 ± 120 (I-) y (lecho 28): 6170 ± 240 (I-); todas en años BC.

La estratigrafía de Fuente Hoz parece incluir un momento débil de primera ocupación bastante antigua con utillaje microlaminar, sobre el que se asienta un geometrismo bien desarrollado. Es sobre esa base geométrica donde incide la neolitización con la presencia de los primeros fragmentos cerámicos. En el nivel I los elementos que definen al Neolítico son más patentes; ya que al uso de la cerámica se añade el dato de la domesticación y algunos ejemplares de geométricos de tipología neolítica como, por ejemplo, un triángulo isósceles de doble bisel, retoque que también aparece en fragmentos de otros dos geométricos. Su carácter sepulcral es relativamente anómalo ya que, como admiten los excavadores, los elementos del «ajuar recuerdan a los yacimientos de habitación, acercándose más a este tipo que a los propiamente funerarios» (Baldeón y otros 1983a, p. 59).

6. Montico de Charratu (Albaina, Condado de Treviño)

Abrigo actualmente destruido que excavó J. M. de Barandiarán en 1965 y 1966, siendo revisada su estratigrafía en 1976-1978 por un equipo dirigido por A. Baldeón y E. Berganza (Barandiarán, 1966 y 1967; Baldeón y otros, 1983b).

La estratigrafía propuesta por J. M. de Barandiarán incluía seis niveles, de los cuales los I y II los atribuyó a época romana y Edad del Hierro, el III al Neolítico o Eneolítico y los IV, V y VI al Mesolítico. Por su parte, los últimos excavadores presentan una estratigrafía reducida a cuatro niveles en los que se reúnen el I y el II en su nivel I separado de los demás por una delgada costra estalagmítica; un nivel II que incluía el III de Barandiarán, un nivel III equivalente al IV de Barandiarán y, finalmente, un nivel IV que reunía los restos de los niveles V y VI de Barandiarán (Baldeón y otros 1983b, p. 133).

Los materiales que resumimos a continuación son los procedentes de las campañas de J. M. de Barandiarán, colección suficientemente representativa que he revisado directamente. Los obtenidos en la excavación posterior no son abundantes (26 para el nivel I, 29 para el II, 1 para el III y 0 para el IV) ni demasiado típicos, ya que la mayoría de ellos se incluyen en las categorías genéricas de «lasca retocada» y «láminas y laminitas con retoques parciales», categorías incluidas en la lista-tipo de J. G. Rozoy que los autores utilizan y no en la de J. Fortea que he aplicado para el análisis conjunto de las colecciones que se estudian en este texto.

Se pueden reunir los materiales de Montico de Charratu en dos conjuntos industriales globales: uno inferior de aspecto microlaminar e integrado por los niveles IV, V y VI, y otro superior

con los materiales procedentes de I, II y III. Los dos niveles superiores, I y II, se mezclan profusamente con restos modernos.

- Conjunto superior, con 55 piezas retocadas que se reparten entre 11 raspadores, 2 buriles, 4 piezas de dorso, 3 laminas de dorso, 13 denticulados, 3 truncaduras, 9 geométricos, 4 microburiles y 6 diversos (Fig. 5, 1 a 27).
- Conjunto inferior, con 67 objetos: 6 raspadores, 1 buril, 11 piezas de dorso (9 de las cuales son laminas de dorso), 17 laminas de dorso, 5 denticulados y 27 diversos entre los que se incluye una buena muestra de útiles nucleiformes, algunos de los cuales presentan frentes acondicionados como posibles raspadores o raederas, no descartándose que otros sean exclusivamente núcleos de extracción de productos de talla.

Las secuencias estructurales de los dos conjuntos reflejan una diferenciación drástica entre ambos momentos industriales globales que se centra básicamente en la variación de los grupos de dorso (de tamaño normal y microlítico), de los geométricos y de los diversos. El conjunto inferior se caracteriza por la presencia de útiles de dorso y elementos macrolíticos y, por su parte, el conjunto superior presenta una industria dominada por los denticulados (7 de los 13 son laminas con muescas o denticuladas) y geométricos + microburiles, con una recesión drástica de características piezas de dorso.

Mientras que el conjunto inferior representaría un estadio industrial perteneciente al Epipaleolítico antiguo de facies laminar, la presencia de elementos geométricos de doble bisel aboga por la suposición de pertenencia de los restos del nivel III y de algunos procedentes de los revuelos superiores a un período neolítico sin posibilidad de mayor precisión, no habiendo en el yacimiento evidencia cierta de instrumentos líticos de cronología posterior. Por tipos, trapecios y triángulos tienen los mismos representantes (4 cada uno), además de un segmento. El retoque es abrupto en todos ellos excepto en el segmento y en un triángulo isósceles de doble bisel.

7. *Los Husos* (Elvillar, Álava)

Amplio covacho excavado en campañas consecutivas por J. M. Apellániz entre 1965 y 1969. La memoria de excavación se halla incluida en la obra de conjunto que el autor dedica al Grupo cultural de Los Husos (Apellániz, 1974).

Su estratigrafía comprende un total de cuatro gruesos paquetes, a su vez subdividibles en varios estadios o niveles, que abarcan un lapso cultural y cronológico que desde el Neolítico avanzado (estrato IV), pasa por el Eneolítico (paquete III A y B, de enterramiento, y niveles IIC y IIB4, de habitación) y Bronce (niveles IIB y A, y IC), llegando a estar habitado el lugar en época romana (niveles IB y IA).

El estrato IV tiene una potencia de 2,5 metros; compuesto por gravas, va convirtiéndose en estéril a medida que se desciende en profundidad (Apellániz, 1974, p. 49). Los materiales proporcionados por esa masa son variados: entre los restos paleontológicos se cuentan evidencias de especies salvajes y domésticas; con los 30 fragmentos cerámicos pueden reconstruirse formas lisas de vasos ovoideos con asas de pezón, o incisas de líneas horizontales paralelas y en triángulos o impresa con objeto punzante; en industria ósea fragmentos de cuerno con huellas de trabajo y una esquirla de hueso apuntada; en industria lítica, un fragmento de arenisca con una superficie pulimentada y 64 piezas en sílex de las que 55 son restos de talla (núcleos y restos) y además: 1 microraspador doble, 5 laminas con diversos retoques denticulados, 1 raedera atípica en lasca y 2 segmentos de círculo, uno de retoque abrupto y otro alargado de doble bisel (Fig. 4, 35).

El superior estrato III, con evidencias de enterramientos humanos, ha sido clasificado como Eneolítico antiguo (0 el IIB y 1 el IIIA); la parte inferior del estrato, casi en contacto con IV, se ha datado en 2780 ± 110 BC (I-5949). A partir de esta fecha Apellániz considera que el conjunto IV debe fecharse alrededor del año 3000, perteneciendo al Neolítico final (Apellániz, 1974, p. 185).

8. *La Peña* (Marañón, Navarra)

Abrigo bajo roca excavado por M. A. Beguiristain en 1982 y por ella misma y A. Cava en 1983 (Beguiristain-Cava, 1985 y Cava-Beguiristain, 1987). Su estratigrafía se compone de cinco niveles que abarcan desde el Epipaleolítico de facies geométrica (el d) hasta la Edad del Hierro (parte superior del b). Interesa particularmente el nivel d y su inmediato superior «suelo sobre d», o d superior, ya que en ellos se produce el desarrollo del Epipaleolítico reciente (zonas inferior y media de d) y el proceso de neolitización (parte superior de d e inmediato d superior).

El nivel d ha proporcionado, además de restos de fauna, 35 fragmentos de cerámica (algún fragmento espatulado, pero en general tosca) que proceden todos ellos de los centímetros superiores del nivel, 7 fragmentos de huesos con marcas y 1 de asta de cérvido recortada, y una industria lítica con abundantes restos de talla y 130 objetos tipologizables: 11 raspadores, 2 perforadores, 3 buriles, 5 lascas de retoque abrupto, 4 laminas de dorso, 2 truncaduras, 18 denticulados (13 son laminas), 44 geométricos, 30 microburiles y 11 diversos.

Su secuencia estructural, dominada ampliamente por los elementos técnicos y productos propios del microlitismo geométrico (geométricos, microburiles, laminas con muescas o denticuladas) ofrece una muy débil representación de elementos de sustrato (dominado sobre todo por raspadores). Todos los geométricos son de retoque abrupto, predominando trapecios sobre triángulos y con fuerte proporción de lados cóncavos; los segmentos están ausentes.

El nivel d superior proporcionó algunos fragmentos óseos no determinables, 8 fragmentos de cerámica lisa, algunos restos de talla en sílex y 2 segmentos de círculo, uno de retoque abrupto y el otro en doble bisel (Fig. 5, 28 y 29).

La fechación absoluta que se ha podido obtener en este conjunto de niveles pertenece a la parte baja del nivel d, y ha proporcionado el resultado de 5940 ± 120 (BM-2363) BC.

9. *Abauntz* (Arraiz, Navarra)

Cueva excavada por P. Utrilla entre 1976 y 1979, revelando una estratigrafía que comprende desde el Magdaleniense inferior (nivel e) hasta época romana (nivel a) (Utrilla, 1982).

Interesan ahora los niveles que han proporcionado fechaciones y materiales adscribibles al Neolítico, en dos etapas: antigua el c, y media o reciente el b4; bajo el nivel c se desarrolla una ocupación bastante intensa perteneciente a un período cultural de tradición aziliense datado a mediados del VIII milenio BC. Los materiales arqueológicos neolíticos son relativamente escasos y no demasiado característicos, sobre todo en lo que se refiere a la industria lítica tallada.

Aparte de los restos faunísticos se han recogido en el conjunto de ambos niveles una serie de cerámicas lisas que se distribuyen sin apenas distinción, haciéndose referencia a acabados más o menos toscos, de superficies rugosas o espatuladas. La industria lítica del nivel c contiene un hacha pulimentada de sección aplanada y hasta 27 objetos retocados o con huellas de uso: 9 laminas simples o con huellas de uso, 4 raspadores, 4 buriles, 5 fragmentos de laminas con retoque marginal, 3 lascas denticuladas, 1 truncadura, 1 raedera en lasca. En el nivel b4 destaca una pequeña hacha votiva y los objetos tallados siguientes: 17 laminas simples o con huella de uso,

1 raspador nucleiforme, 1 perforador, 1 lámina con retoque abrupto, 2 truncaduras y 3 láminas con retoque simple.

Las fechaciones absolutas obtenidas para estos niveles son: de 4960 ± 450 BC (I-11537) para el nivel c, y de 3440 ± 120 (I-11309) para el nivel b4; de ellas se deduce que los primeros signos de neolitización de Abauntz (la aparición de la cerámica, el pulimento) se producen en un momento muy antiguo (en los mismos inicios del V milenio) incidiendo en una base instrumental lítica de aspecto arcaico y poco típico (raspadores-buriles). En esta subfase no se han detectado signos de domesticación, al contrario de lo que sucede en b4, donde la industria lítica está básicamente integrada por láminas de tamaño relativamente grande nada o escasamente retocadas.

10. *Padre Areso* (Bigüezal, Navarra)

Amplio abrigo excavado por M. A. Beguiristain en 1977 y 1985. Se han publicado los datos de la primera campaña (Beguiristain, 1979) donde se describen cuatro niveles que abarcan desde un Epipaleolítico sin mayor determinación y con escasa industria (el IV) hasta el Eneolítico o Bronce antiguo (localizado en los niveles II y I).

Aunque únicamente ha sido considerado como neolítico el nivel III, los materiales de los niveles superiores (II e incluso I) son relativamente arcaicos, de modo que no parece que haya elementos característicos de épocas eneolíticas, al menos en lo que a industria lítica se refiere. La cerámica es en general lisa, espatulada o alisada en sus superficies, en todos los niveles; en el I además hay fragmentos de rugosas con recubrimiento plástico quizá algo más avanzada en cronología, mientras que en el III se ha descrito algún fragmento con cordón liso. Los restantes materiales son:

- Nivel I: sólo industria lítica compuesta por 11 objetos: 1 lámina de dorso, 4 microburiles, 2 buriles, 1 lámina con muescas, 1 truncadura, 1 triángulo escaleno abrupto y 1 cristal de roca en estado natural.
- Nivel II: algunas esquirlas de hueso apuntadas y 1 espátula, además de 8 objetos líticos: 1 raspador, 1 lámina de dorso, 1 laminita de dorso, 1 triángulo escaleno abrupto, 1 lámina denticulada, 2 microburiles y 1 cristal de roca natural.
- Nivel III: algunas esquirlas de hueso apuntadas, fragmentos de asta de cérvido con señales de manipulación y 1 fragmento de espátula. La industria lítica reúne 28 objetos retocados: 2 raspadores, 1 perforador, 4 buriles, 1 lasca de retoque abrupto, 3 láminas de dorso, 5 laminitas de dorso, 3 lascas denticuladas, 1 lámina con muesca, 1 truncadura, 5 geométricos (3 trapecios, uno con retoque invasor directo, y 2 triángulos), 1 cresta y 1 ápice triédrico con muesca adyacente. En este nivel y en la campaña de 1985, apareció un esqueleto completo inhumado en posición fetal.

Es interesante destacar el carácter geométrico de la industria de los tres niveles descritos, aunque la escasez de materiales (que se superará con los datos de las más recientes excavaciones) impida elaborar un diagnóstico cultural más afinado.

11. *Zatoya* (Abaufrea Alta, Navarra)

Cueva con vestíbulo de dimensiones medias, excavada por I. Barandiarán en 1975, 1976 y 1980, que ha proporcionado una estratigrafía que abarca desde un momento final del Paleolítico superior/Aziliense fechado en el décimo milenio BC hasta época eneolítica en la que se han practicado algunas inhumaciones. La secuencia revela una evolución continuada desde el citado

momento antiguo (nivel II), pasando por un Epipaleolítico postaziliense (Ib) y posterior neolitización en un medio industrial geométrico plenamente desarrollado (I). Se ha publicado un avance interpretativo amplio de la secuencia y su contenido con los datos procedentes de las dos primeras campañas de excavación (Barandiarán, 1977).

El nivel II presenta un conjunto industrial caracterizado básicamente por el gran desarrollo del grupo de las laminitas de dorso que alcanzan un porcentaje superior al 40 %. Esta proporción disminuye sensiblemente en el nivel intermedio de la estratigrafía (Ib) (alrededor del 25 %), mientras que en el superior nivel I se produce un cambio rotundo en el utillaje, pasando a ser el grupo dominante de la secuencia estructural el de los geométricos con casi el 30 % de los efectivos totales. Durante todo el relleno se mantiene una base industrial común compuesta especialmente por raspadores y, en menor medida, por buriles, perforadores, truncaduras y piezas mayores de dorso.

Los materiales recuperados en el nivel I son hasta 349 piezas retocadas que se distribuyen entre 52 raspadores, 10 perforadores, 23 buriles, 14 piezas de dorso, 29 laminitas de dorso, 59 denticulados, 11 truncaduras, 88 geométricos, 16 microburiles y 47 diversos (Fig. 6).

Además del predominio de los geométricos, asistimos en este momento a un aumento de los denticulados, mientras que la recesión de laminitas de dorso y de buriles con respecto a los niveles anteriores es muy acusada. La neolitización que se manifiesta en este nivel I es débil, ya que sus únicos testimonios son unos escasos fragmentos de cerámica lisa. En industria lítica tampoco son importantes los elementos característicos de esta época ya que todos los geométricos son de retoque abrupto excepto, en parte, piezas semejantes a las puntas de Sonchamp (hasta 16 ejemplares), comunes en niveles de transición del Epipaleolítico geométrico al Neolítico en otros yacimientos del Suroeste europeo. Por formas, se desconocen los segmentos de círculo, mientras que los triángulos predominan ampliamente sobre los trapecios.

Aparte de la serie de cuatro fechas que colocan el desarrollo del nivel II de Zatoya durante el décimo y comienzos del noveno milenio BC, hay tres fechas que ilustran acerca del ámbito cronológico del Epipaleolítico y del Neolítico: el nivel Ib ha proporcionado 6310 ± 550 (Ly-1457) y 6200 ± 220 (Ly-1398), mientras que el nivel I data del 4370 ± 280 (Ly-1397), todas ellas BC.

12. *Yacimientos al aire libre*

Aparte de todos los niveles descritos en estos 11 yacimientos que testimonian la ocupación de las cuevas durante el Epipaleolítico reciente y el Neolítico, en los últimos años se están produciendo hallazgos que ilustran acerca de lugares de hábitat al aire libre durante estas etapas culturales, especialmente en el Neolítico.

Según M. A. Beguiristain, a quien debemos la última sistematización de las estaciones de esta categoría en el alto valle del Ebro, la gran mayoría de los yacimientos al aire libre pertenecerían a una posterior época Eneolítico-Bronce. Únicamente la estación de Muro de Aguas (prov. de La Rioja) podría corresponder a un Neolítico antiguo o medio, y las de Las Molinas de Angulo (Burgos), Landa y parte de las localizaciones de Treviño (Álava), Desojo, Lumbier, Corella y Monte de Peña (Navarra) y Fonzaleche (La Rioja) se adscribirían con mayor facilidad a un Neolítico final o a un Eneolítico antiguo (Beguiristain, 1982, pp. 136-137).

Recientemente se han excavado o se hallan todavía en curso de excavación los yacimientos al aire libre alaveses de Berniollo y de La Renke. El primero, en Morillas, excavado por A. Baldeón en 1984 y 1985, ha proporcionado un nivel de ocupación con estructuras varias: de cabaña, de hogar, de cremación de desperdicios, proponiéndose para él una cronología del Neolítico final;

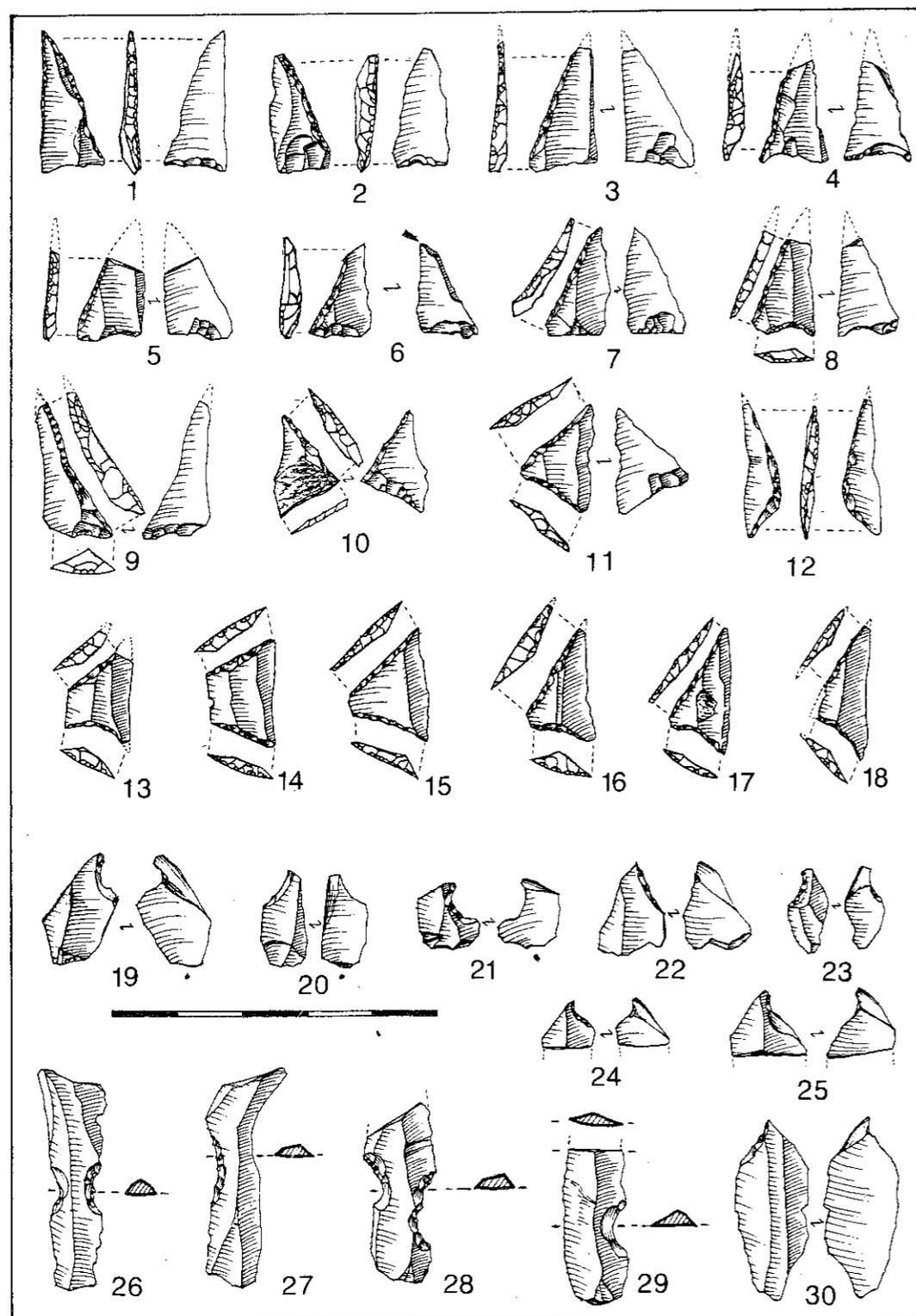


FIG. 6. Piezas líticas de Zatoya, nivel I

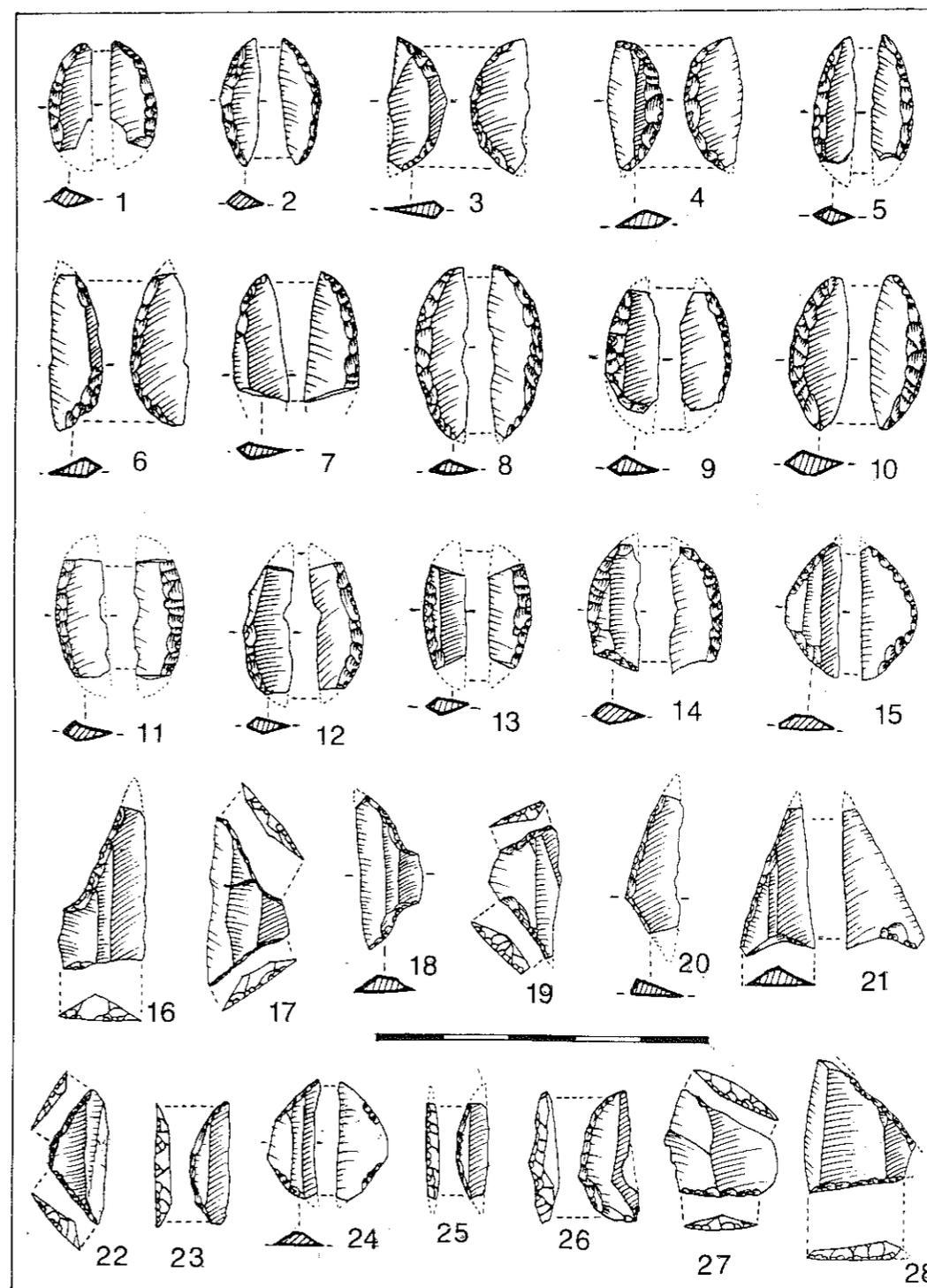


FIG. 7. Piezas líticas del yacimiento de superficie de Urbasa 11

los materiales recuperados son variados: cerámica (algunos fragmentos decorados), elementos de adorno y materias colorantes, así como una industria lítica compuesta por un hacha pulimentada y raspadores, piezas de dorso, denticulados, láminas, buriles y núcleos (*Arkeoikuska*, 85, p. 12).

En La Renke (Santurde), Ortiz ha evidenciado una estratigrafía de tres niveles sucesivos: el superficial con campaniforme del Eneolítico final-Bronce; un segundo de estructuras circulares con raspadores microlíticos, geométricos y cerámicas lisas con datación propuesta en el Neolítico final; y finalmente un tercer nivel con una estructura también circular excavada en la roca, con escaso material de sílex, mucha cerámica y restos de fauna, así como varios molinos de mano y útiles pulimentados, también datable en el Neolítico (*Arkeoikuska*, 85, p. 16). Se han fechado tres estructuras en 2640 ± 100 (la D); 2460 ± 100 (la F) y 2450 ± 100 (la A), todas BC, correspondiendo las dos últimas fechas al nivel II (*Arkeoikuska* 86, p. 18).

En la Sierra de Urbasa (Navarra) he podido estudiar los restos de un asentamiento neolítico, Urbasa 11, en el que se ha recogido un interesante lote de materiales, destacando 2 piezas de molino de mano, 1 yunque en canto rodado, 1 retocador de piedra, 4 hachas pulimentadas, 1 fragmento de cerámica lisa muy degradada, 2 colgantes en canto rodado y varios cristales de roca. La industria tallada es abundante: 3.388 elementos con 151 núcleos, 48 avivados, 2.560 productos de talla (32 % láminas y 68 % lascas), 202 piezas con mínimos retoques y 427 piezas susceptibles de ser clasificadas tipológicamente. Son 47 raspadores, 19 perforadores (7 de ellos de característico extremo desarrollado), 8 buriles, 21 lascas de retoque abrupto, 2 tabletas de avivado, 9 láminas de dorso, 27 laminillas de dorso, 81 denticulados (37 en lasca y 44 en lámina), 48 truncaduras, 85 geométricos, 7 microburiles y 73 diversos. La mayoría del utillaje es laminar (el 61 %, frente al 38 % en lasca y el 1 % en núcleo), estando dominada su secuencia estructural por los geométricos y los denticulados. Los geométricos (Fig. 7) son sobre todo del tipo de segmento de círculo: 48, casi todos ellos de doble bisel (40), los trapecios son 18 y los triángulos 7 (uno de ellos punta de Sonchamp), restando además 12 fragmentos de imposible clasificación. Los restos de arcilla compacta y sometida a fuego encontrados por toda la superficie del yacimiento apoyarían la existencia en el lugar de estructuras elementales de habitación destruidas por las continuas labores agrícolas (Cava, 1986).

III. CARACTERÍSTICAS DEL NEOLÍTICO EN EL PAÍS VASCO

1. *El medio ambiente: vegetación y fauna*

La sucesión de los últimos niveles del Epipaleolítico y del Neolítico se corresponde a grandes rasgos con el desarrollo de los períodos climáticos Preboreal/Boreal y Atlántico.

Poseemos ya análisis polínicos de los yacimientos de Abauntz (López, 1982), Peña (López, en prensa), Zatoya y Berroberría (Boyer Klein, inédito, vid. Barandiarán, 1987).

El final del Preboreal y el Boreal se han descrito en Peña, Abauntz y Zatoya como una etapa de predominio del pino pero ya con aparición de *Corylus* (que aumenta considerablemente en la segunda mitad del Boreal de Peña y Abauntz, aunque no en Zatoya donde el pino sigue como especie arbórea dominante —no olvidemos sus 900 m.s.n.m.—), *Alnus* y *Quercus* (y, en Abauntz, algunos abedules). Las cichoriáceas predominan sobre las gramíneas. En Peña, esta etapa corresponde con el comienzo del desarrollo de la estratigrafía, estéril en un momento pregeométrico; el primer tercio del nivel d con la primera fase del Boreal; los dos tercios superiores de d, con la segunda fase del Boreal. En Abauntz, el fin del Epipaleolítico antiguo hasta cerca

del 5000 BC. En Zatoya, el Boreal corresponde al desarrollo del nivel Ib; mientras que en Berroberría se localiza esta etapa climática en el nivel c, Epipaleolítico geométrico, en tanto que los tramos superiores de la estratigrafía se han revelado estériles en pólenes y esporas.

En el Atlántico se constata el predominio del avellano, aumentando también los abedules, tilos, olmos y alisos. Entre las herbáceas aumentan las cichoriáceas con respecto a las gramíneas; la altísima humedad se revela en el aumento de Filicales y *Polipodium*.

En Abauntz se produce en esta etapa el Neolítico avanzado y el Eneolítico. En Peña, desde el nivel c hasta el Bronce antiguo (c. 1600 BC). En Zatoya, el aumento de la humedad se traduce en la presencia de abeto, olmo y sobre todo tilo, hecho que se produce durante el nivel I; en la parte más alta de este nivel se constata una brusca disminución de pólenes arbóreos (sobre todo de pino) y el ascenso correlativo del avellano, extendiéndose el enebro y los matorrales, lo que debe interpretarse como un fenómeno de evidente deforestación; como no se haya detectado un solo polen de cereal, parece corresponder con una generalización de la ganadería.

En Peña se detecta una presencia constante de plantas mediterráneas, como *Buxus*, *Juniperus* y algunas oleáceas, escasas en el Boreal y aumentando en el Atlántico. En esta última etapa se han controlado en el yacimiento algunos pólenes de cereales que al final están acompañados de nudaes (plantas que se asocian al cultivo de aquéllos) correspondiendo a muestras procedentes del Eneolítico-Bronce.

Las deforestaciones más o menos bruscas se han controlado en las turberas cántabras de Riofrío y La Jerra, a partir del 3850-3350 BC, acentuándose conforme pasa el tiempo: en la turbera del Río Bederna la inversión brusca de las proporciones de pólenes arbóreos se produce en 2820 BC, mientras que en Riofrío sólo a partir de 1550 BC (González Sáinz-González Morales, 1986, p. 298).

La suavización climática postwürmiense se refleja desde luego en las especies de animales salvajes cazados por el hombre. Las líneas generales de la dinámica de la fauna en el Tardiglacial y Postglacial de la Cornisa Cantábrica han sido trazadas por J. Altuna. Junto a la desaparición del reno, se produce un claro predominio del ciervo (de talla algo inferior que en los tiempos glaciares) además de una regresión progresiva de la cabra montés, del sarrío y del caballo a lo largo del Epipaleolítico hacia el Neolítico (Preboreal-Boreal y Atlántico), y un aumento paralelo del corzo y jabalí (Altuna, 1979, p. 95). Esa misma evolución es observada por P. M. Castaños en su reciente estudio de la fauna de Santimamiñe (Castaños, 1984, p. 242).

En un momento determinado del Neolítico se observa la presencia de animales domésticos. Con los datos que actualmente poseemos parece que la técnica de la domesticación es conocida únicamente a partir de la segunda mitad del IV milenio BC. Los resultados de los estudios en curso de los niveles I de Zatoya y II de Fuente Hoz, fechados en el V milenio, serán los que determinarán si aquí la domesticación es contemporánea de la aparición de la primera cerámica o posterior.

Se poseen estudios faunísticos de los niveles neolíticos de Arenaza, Marizulo y Los Husos (Altuna, 1980), Santimamiñe (Castaños, 1984), Fuente Hoz (Mariezkurrena, 1983), La Peña (Castaños, en prensa) y Abauntz (Altuna-Mariezkurrena, 1982).

En Abauntz, donde se han controlado dos niveles consecutivos atribuibles al Neolítico, se observa que en el estadio antiguo (nivel c) únicamente aparece fauna salvaje, mientras que en el superior (b4) se dan los primeros restos de animales domésticos. Este nivel, datado en el último tercio del IV milenio, se corresponde cronológicamente con los conjuntos I de Fuente Hoz, I (cista) de Marizulo, y Ic de Arenaza, situándose en un momento ligeramente posterior el estrato IV de Los Husos: en todos ellos aparecen restos de especies domesticadas.

Los restos de animales domésticos únicamente son predominantes sobre los de salvajes en Los Husos y en Arenaza: en esos lugares aparecen ya las tres especies fundamentales: ovicaprino, vacuno y de cerda, suponiendo en el primero de los yacimientos el 58,5 % de la fauna recogida, y en el segundo el 79,0 % (calculado a partir del NMI) (Altuna, 1980, pp. 13 y 21).

En los restantes conjuntos citados (b4 de Abautz, I de Fuente Hoz y cista de Marizulo) sólo se constatan restos de ovicaprino; en este último aparece asimismo la osamenta de un perro.

La domesticación del perro es la que mayor antigüedad ha demostrado en el País Vasco y en su contexto de Europa occidental. Aquí se ha controlado su presencia en niveles anteriores al Neolítico de Arenaza (nivel III), Marizulo (nivel II) y Santimamiñe (nivel IV).

En Santimamiñe, P. M. Castaños ha clasificado restos de animales domésticos a partir del nivel V, Aziliense, en aumento progresivo hasta el nivel I; del 19,7 % en el V (ovicaprino y bovino) al 75,7 % en el I; a partir del IV se controlan las tres especies fundamentales además de restos de perro en baja proporción. Observando la secuencia completa se aprecia (según NR) que el ganado ovicaprino mantiene una proporción relativamente constante, mientras que el vacuno aumenta progresivamente desde los niveles inferiores hacia los superiores, al contrario de lo que sucede con el cerdo que disminuye en proporción en el mismo sentido.

El problema de la determinación de restos de animales domésticos a partir de su tamaño ha sido resaltado en repetidas ocasiones por Castaños en su estudio de Santimamiñe, así como en el todavía inédito de Peña, donde ha determinado restos de cerdo desde el Epipaleolítico. Sus dudas se basan en que en ocasiones pueden incluirse entre los animales domésticos restos correspondientes a individuos juveniles salvajes: así de cabra montés joven entre los ovicaprinos (Castaños, 1984, p. 248), y de jabalí entre los cerdos (con una tendencia a considerarlos salvajes en los niveles más antiguos y habitualmente domésticos en los recientes) (Castaños, 1984, p. 250). Estos hechos le empujan a considerar con reservas la domesticación del nivel V, Aziliense.

Como resumen de lo que acontece con la domesticación en los yacimientos ya estudiados del País Vasco se podría subrayar:

- La fecha no demasiado antigua de su introducción. Los datos hasta ahora fechados pertenecen todos al último tercio del cuarto milenio antes de Cristo. Quizá el estudio en curso de la fauna de Zatoya y Fuente Hoz pueda modificar este límite temporal.
- Dejando aparte la presencia del perro en niveles preneolíticos, los restos domésticos de las tres especies fundamentales (vacuno, ovicaprino y de cerda) aparecen sólo en los niveles IC de Arenaza y IV de Los Husos, ambos con una cronología muy tardía dentro del Neolítico. En época inmediatamente anterior, representada en los niveles b4 de Abautz, I de Fuente Hoz y I de Marizulo, únicamente han aparecido restos de ovicaprino.
- El yacimiento de Santimamiñe representa, por el momento, una situación excepcional al constatar el fenómeno de la domesticación ya desde una etapa preneolítica o acerámica (nivel IV y aun V, Aziliense), con una dinámica, a partir de ahí, de aumento constante en su proporción con respecto a los restos de animales salvajes. La ausencia de fechaciones absolutas y la relativa atipicidad de los materiales elaborados impiden el encaje de esta secuencia con respecto a las anteriormente citadas.
- La dinámica seguida por las especies domésticas, a lo largo del tiempo es, en general, la del predominio del ganado ovicaprino, con una tendencia al aumento de restos de ganado vacuno y una disminución progresiva del ganado de cerda.

2. La cerámica

En general, la cerámica recogida en los niveles neolíticos de yacimientos vascos es escasa y poco típica. En los momentos más antiguos parece que es exclusivamente lisa, tal como se aprecia en el nivel II de Fuente Hoz, en el I de Zatoya, en el c de Abautz, en la parte superior del nivel d de Peña y en la mitad superior del conchero de Berroberría. Tanto en Fuente Hoz como en Abautz parecidas cerámicas siempre lisas continúan en niveles posteriores (I y b4 respectivamente). Asimismo de ese aspecto son las conocidas del único momento de ocupación de Kobeaga II. En Padre Areso además existen cerámicas con cordón liso en su nivel III; en Marizulo, según Marsan, las técnicas y formas de las cerámicas son poco diferenciadas pudiendo pertenecer tanto al Neolítico como al Bronce antiguo (Marsan 1972, p. 132); en Santimamiñe la cerámica del nivel III es totalmente atípica (Apellániz 1975a, p. 55).

La mayor variedad tipológica en cerámica parece haberse controlado en Arenaza y en Los Husos, conjuntos ambos del final del Neolítico, alrededor del 3000 BC. En Arenaza, la diferenciación de dos momentos cerámicos, IC1 y IC2, ilustra la aparición de formas ovoideas algunas con orificios de suspensión, asas de cinta y decoración impresa (además de un fragmento cardial hallado fuera de contexto) en el primero de ellos; y de asa tuneliforme, impresiones en bandas y círculos y decoración incisa/impresa en forma de espina de pez en el segundo. En Los Husos predominan formas ovoideas con asas de pezón y aparecen algunos fragmentos incisos en líneas horizontales y en triángulos, e impresos con objeto punzante.

Dejando aparte la presencia de estos elementos incisos o impresos que aparecen esporádicamente, la tendencia general de la cerámica neolítica del País Vasco se inclina hacia las formas lisas ovoideas o de cuencos, aunque en la mayoría de las ocasiones no han podido reconstruirse vasos completos a causa de la escasez y extrema fragmentación de los restos.

3. La piedra pulimentada

Los elementos pulimentados en el Neolítico del País Vasco son escasos: únicamente se ha hecho referencia a esta técnica de trabajo de la piedra en Arenaza (incluso en sus niveles preneolíticos), en Kobeaga II, en Los Husos y en Abautz tanto en su nivel más antiguo c, como en el superior b4.

Sólo una pieza procedente del nivel c de este último yacimiento, con fechación próxima al 5000 BC, es de tipología definida: un hacha algo deteriorada, de sección aplanada, que apareció en la cata de sondeo del yacimiento (Utrilla, 1982, p. 261).

Los restos procedentes de los otros tres yacimientos son fragmentos o lascas de diversas rocas con rastros de pulimento o alisamiento que no conforman en ningún caso piezas definibles. No parecen por tanto tener una significación excesivamente válida en cuanto a evidencias que avalen una hipotética introducción temprana de esta técnica en el trabajo de la piedra, ya que elementos semejantes pueden encontrarse en épocas anteriores al Neolítico sin que por ello pueda hablarse de pulimento propiamente dicho al estilo de lo que se conocerá en fechas ya avanzadas dentro del Neolítico o, con mayor probabilidad, en el Eneolítico. Esta opinión crítica fue ya subrayada por B. Martí Oliver (1978, pp. 79-80) y por C. González Sáinz-M. González Morales (1986, p. 310), recalando las dudas que merece la presencia de rocas variadas pulimentadas sin tipología definible en cuanto a apoyatura única de la atribución de neolitización (cerámica o precerámica) en un momento cultural dado: todo ello valorando los niveles de origen de Kobeaga II y de Arenaza.

4. *La industria lítica*

La industria lítica tallada es el efectivo más numeroso de los restos manufacturados hallados en la mayoría de los yacimientos; de ahí que merezca un tratamiento más amplio y detallado.

Del examen de los yacimientos básicos considerados se puede sugerir como primera hipótesis que la industria lítica del Neolítico del territorio vasco se caracteriza por incluir, en proporción más o menos importante, elementos geométricos, lógicamente acompañados por todo el bagaje industrial y técnico subsidiario así como por un conjunto más o menos abundante y variado de utillaje de sustrato. En este sentido es clara la continuidad de las manifestaciones industriales del Neolítico con respecto al inmediatamente anterior Epipaleolítico reciente o de facies geométrica, manteniéndose en ambos períodos un similar equilibrio entre los distintos componentes del utillaje lítico.

Efectivamente, es una teoría hoy ya asentada la de considerar al Epipaleolítico reciente como base de partida hacia la neolitización real de las comunidades. La sustitución de las industrias laminares de dorso, directamente heredadas del Paleolítico superior en continuidad constante durante todo el Epipaleolítico antiguo (Aziliense y postaziliense), por otras de componente geométrico debe ser considerada como un avance notable en tecnología lítica y, por tanto, con un valor cultural evidente, que irá ligado a un comienzo de evolución en las actitudes y en las formas de explotación del medio que propiciarán la recepción de influjos neolitizadores. Es por ello que se atribuye al complejo tardenoide un rol muy importante en el proceso de neolitización, ya que en la mayoría de los casos la primera cerámica conocida hace su aparición en ese medio. A. Broglio ha insistido mucho en la constatación de este hecho en el Norte de Italia (Broglio, 1975, p. 15); Roussot-Larroque, por su parte, considera la continuidad del Tardenoisense I hasta el Tardenoisense III como «la expresión de un solo y único movimiento neolitizador esbozado desde el sexto milenio antes de Cristo al menos en el cuadro general de un Neolítico en formación sobre vastos territorios de Europa occidental» (Roussot-Larroque, 1977, p. 578).

En nuestro ámbito también se puede afirmar que la verdadera mutación, al menos a nivel industrial, se ha producido ya en el paso del VII al VI milenio BC con la generalización de los elementos geométricos estandarizados en sustitución de los complejos aziloides anteriores. Sin embargo, como se verá, no todos los conjuntos conocidos atribuibles a esta época o épocas se comportan de modo uniforme, sino que son un reflejo de comunidades que evolucionan tomando parte más o menos activa en esas nuevas corrientes, incorporándose de lleno a ellas o, por el contrario, permaneciendo adictas a más antiguas tradiciones industriales.

En una primera visión de conjunto de las industrias líticas de los yacimientos considerados se aprecian dos diferentes lotes de objetos:

- Uno de «tradición paleolítica», integrado por elementos de «sustrato», hereditario de técnicas del Paleolítico superior que se mantienen durante el Epipaleolítico reciente y Neolítico aunque con una dinámica algo particular, tendente a: la relativa abundancia de raspadores, la disminución drástica de buriles, y la presencia discreta y constante de grupos minoritarios como perforadores, trincaduras, piezas de retoque abrupto o laminillas de dorso.
- Otro más característico, cuya presencia se hace relativamente importante en los yacimientos «típicos» de la época, integrado por los elementos propiamente geométricos, que aparecen con personalidad propia en el Epipaleolítico reciente y se mantienen con algunas modificaciones tipológicas y técnicas en el Neolítico; acompañados por un aumento progresivo y marcado de las piezas denticuladas, sobre todo laminillas/laminillas, que en la mayoría de los yacimientos son grupo dominante de la industria.

En un examen global de los diferentes yacimientos se observa que éstos, en general, se agrupan alrededor de dos tendencias diversas:

- Los yacimientos con fuerte sustrato de tradición paleolítica, ubicados en su mayor parte en la franja costera, en los cuales el elemento tradicional es continuo y pervive en fuertes proporciones durante todo el desarrollo estratigráfico: tal es el caso de Santimamiñe, Marizulo, quizá Arenaza y, en la vertiente del Ebro, Abauntz. Todos ellos presentan estratigrafías amplias dentro del Epipaleolítico antiguo o incluso durante el Paleolítico superior. En ellos, el advenimiento de las tendencias industriales renovadoras incide sólo de modo episódico, conservando el utillaje tradicional de base.
- Los otros yacimientos, con todos los situados en la Cuenca del Ebro (excepto el citado de Abauntz) y además Kobeaga II, en que los grupos dominantes en las correspondientes secuencias son los geométricos (+ microburiles) y los denticulados.

En los diferentes conjuntos analizados dentro de este último grupo, observamos que el valor proporcional de esos elementos tipológicos es el siguiente: en Fuente Hoz nivel I: 22,68 % los denticulados y 25,77 % los geométricos; en Montico superior: 23,64 % los denticulados y 16,36 % los geométricos; en Zatoya nivel I: 16,91 % los denticulados y 25,21 % los geométricos; de Kobeaga no poseemos valoración numérica de los diferentes grupos tipológicos representados pero laminillas con muescas y geométricos están citados como los más abundantes de la industria del lugar (Apellániz, 1957b, pp. 238-239).

Este panorama contrasta con los valores porcentuales de los geométricos de Santimamiñe, donde en los niveles IV y III ascienden a 2,23 % y 3,61 % respectivamente; aunque los correspondientes a los denticulados se asemejan, o incluso pueden llegar a superar, a algunos de los anteriormente citados yacimientos interiores: el 16,41 % en el nivel III y el 19,67 % en el IV.

En Marizulo, los geométricos no están presentes en los niveles II, III y IV donde la industria es poco característica y está dominada por piezas denticuladas y útiles de sustrato, sobre todo raspadores acompañados de escasos buriles, perforadores y piezas de retoque abrupto (lascas y laminillas con dorso y trincaduras). Los geométricos presentes en el nivel I son sólo dos y representan el 7,69 % de los escasos 26 objetos que se pueden catalogar con esa procedencia. La base industrial de ese nivel se compone de elementos tradicionales con un similar equilibrio interno que el descrito en los niveles precedentes.

Los tipos de geométricos controlados en los diferentes yacimientos se reparten entre las tres formas básicas reconocidas, con algunas variantes a las que luego haremos referencia: segmentos, trapecios y triángulos. No se advierte una tendencia unitaria en los diferentes conjuntos en cuanto a predominio de unas formas sobre otras, puesto que mientras los triángulos dominan en los niveles II y I de Arenaza, III de Santimamiñe, Kobeaga y I de Zatoya, los trapecios lo hacen en el nivel I de Fuente Hoz y en el d de Peña (aunque hay que tener en cuenta que la mayor parte del desarrollo de este último se produce durante el Epipaleolítico reciente, época en la que suelen predominar los trapecios en yacimientos de otras áreas de la Cuenca del Ebro [Barandiarán-Cava, 1985, p. 79]). El mismo número de trapecios y de triángulos se recuperaron en Santimamiñe IV (aunque en proporción mínima) y en Montico superior. Los segmentos están, por lo general, poco representados en niveles de yacimientos estratificados en cuevas o abrigos.

Es interesante subrayar la presencia de geométricos con retoque no abrupto en una o ambas caras (o de doble bisel) en los diferentes yacimientos neolíticos del País Vasco. Repetidamente hemos insistido en la significación cultural de este hecho en cuanto a su aparición y máximo desarrollo en el Neolítico de la Cuenca del Ebro, superando su proporción a veces a la del retoque

abrupto, tal como sucede en los yacimientos cardiales del Bajo Aragón de Botiquería dels Moros y de Costalena (Barandiarán, 1978; Barandiarán-Cava, 1981). En este mismo sentido se manifiesta R. Joussaume cuando se refiere a la repartición de la armadura de Châtelet (pequeña flecha tranchante, trapecial o triangular, con retoque bifacial no abrupto) desde el Midi mediterráneo hacia tierras del Sur y Oeste de Francia, en una etapa inmediatamente preneolítica (el Retziense del Centro-Oeste) o coincidiendo con lo cardinal (Joussaume, 1986, p. 164).

En nuestra zona, la presencia de geométricos de doble bisel nunca es masiva, sin embargo se puede considerar como indicio claro de una neolitización de las industrias; en los yacimientos que consideramos, se asocia principalmente con los tipos segmentiformes y triangulares y menos con los trapecios, estando presente en Arenaza IC1, en Marizulo I, en Fuente Hoz, en el conjunto superior de Montico de Charratu y en Los Husos. No existen geométricos de doble bisel en el nivel d de Peña; pero en el horizonte inmediatamente superpuesto (d superior), con escasos restos, se recogieron dos segmentos de círculo, uno de los cuales era de ese modo de retoque. Tampoco aparecen en Zatoya ni en Kobeaga, sin embargo se debe mencionar la presencia en ellos de unas piezas características, semejantes a las llamadas puntas de Sonchamp, generalmente triangulares con retoque simple o con tendencia a plano en el lado menor (la base de la pieza) por el reverso. Se han reconocido 16 en el nivel I de Zatoya, con cuyo tipo se identifican 2 de Kobeaga (M. Muñoz, 1976, fig. 4.4 y 4.7) y 1 del yacimiento de Urb. 11 (Cava, 1986, fig. 25.11).

Las puntas de Sonchamp fueron descritas por vez primera por Coutier, Blanchard y Vignard en 1945 con ocasión de la publicación de una serie de piezas procedentes del locus III de Sonchamp. En 1953, Daniel y Vignard las incluyeron en su cuadro sinóptico de microlitos tardenoisenses, definiéndolas de forma precisa. Rozoy las admite en su lista-tipo entre las puntas tardenoisenses de base retocada como una variante corta con retoques inversos planos en la base. Su atribución cultural no parece ofrecer dudas: son propias de las fases finales del Tardenoisien, sobre todo del III (Daniel-Vignard, 1954, p. 74). Más recientemente, J. Roussot-Larroque ha determinado la presencia de puntas semejantes a las de Sonchamp, de las que han debido evolucionar (con retoque inverso en la base y a veces invasor directo en un borde lateral) en niveles evolucionados de yacimientos con seriación estratigráfica epipaleolítica: Martinet, Couzoul, Fontaine de la Demoiselle, Borie del Rey... Son escasas en Provenza y Languedoc (únicamente las hay en Gazel en el nivel protoneolítico) pero abundan en el Este de Francia, Suiza y Sur de Alemania, tanto en el Neolítico antiguo como en el Mesolítico final en vías de neolitización (Roussot-Larroque 1974, p. 15; 1977, p. 572). Esta atribución cronológica está muy de acuerdo con la información obtenida en nuestros yacimientos, ya que tanto Zatoya como Kobeaga presentan un conjunto homogéneo que, con base industrial mesolítica, recibe la introducción de las primeras cerámicas controladas.

La presencia de geométricos de doble bisel, sobre todo de segmentos de círculo, es importante en el único yacimiento neolítico al aire libre que he controlado directamente: Urb. 11, en la Sierra de Urbasa, donde 40 de los 85 geométricos contabilizados son de esa categoría; la imposibilidad de datación absoluta del lugar y la total ausencia de evidencias estratigráficas impiden por el momento matizar la posición de este importante yacimiento dentro del cuadro neolítico inmediato. Sin embargo, puede parecer interesante su comparación con el nivel inferior del abrigo de Peña Larga (Cripán), todavía en curso de excavación, donde se ha controlado un nivel neolítico relativamente antiguo (datado entre 3880 y 4200 BC) con cerámica impresa con concha y con un lote de geométricos con relativa buena representación de segmentos de círculo de doble bisel (*Arkeoikuska*, 1986 y comunicación personal de J. Fernández Eraso).

La proporción de geométricos de lados cóncavos es importante en los niveles neolíticos estudiados. Los yacimientos con mayor número de efectivos, todos ellos en la vertiente del Ebro, poseen índices que oscilan entre el 44 % de Fuente Hoz I (10 trapecios y 1 triángulo), el 51,14 % de Zatoya I (26 trapecios y 19 triángulos) y el 70,45 % de Peña d (19 trapecios y 12 triángulos). En otros lugares con industria más escasa, y por tanto con valores porcentuales de escasa significatividad, la representación de los lados cóncavos es semejante a la de Fuente Hoz y Zatoya; a título orientativo: en Montico el 44,44 % (4 trapecios), en Arenaza n. IC el 33,33 % (1 triángulo), en Arenaza n. II el 50 % (2 triángulos), en Santimamiñe III el 22,22 % (1 trapecio y 1 triángulo), en Santimamiñe IV el 50 % (2 trapecios y 1 triángulo) y en Kobeaga el 87,50 % (7 triángulos).

Estos valores contrastan, por demasiado elevados, con los proporcionados por los yacimientos neolíticos de la parte oriental de la Cuenca del Ebro: Botiquería n. 6 + 8 el 21,43 % (4 trapecios y 2 triángulos), Costalena n. c2 + c1 el 18,03 % (3 trapecios y 8 triángulos) y Chaves n. II el 14,29 % (1 solo trapecio). En cambio se ajustan con mayor precisión a los porcentajes de representación de los lados cóncavos en geométricos procedentes de los niveles epipaleolíticos de los dos primeros yacimientos citados: Botiquería n. 2 el 47,30 % (28 trapecios y 7 triángulos), Botiquería n. 4 el 52,38 % (5 trapecios y 6 triángulos) y Costalena n. c3 el 52,48 % (38 trapecios y 15 triángulos). El altísimo valor proporcionado por el nivel d de Peña lógicamente se ajusta, e incluso sobrepasa, la tendencia observada en los niveles característicos del Epipaleolítico.

La escasísima presencia de geométricos de lados cóncavos en Urb. 11, con el 4,71 % del total (3 trapecios y 1 triángulo), aproximaría este conjunto de materiales mucho más hacia el Neolítico del oriente de la Cuenca del Ebro que a los más próximos yacimientos navarros y alaveses que, así como los situados en los territorios costeros, presentan una mayor pervivencia de formas y técnicas mesolíticas.

Se debe constatar la acentuada mayor incidencia de lados cóncavos sobre piezas trapeciales frente a las triangulares, excepto en algunas ocasiones que se explicarían por la presencia en unos momentos concretos (de transición Epipaleolítico-Neolítico) de piezas características cuya forma esencial debe presentar uno o dos lados cóncavos: tal es el caso de las puntas de tipo Sonchamp en Zatoya y Kobeaga y de los triángulos con espina central (tipo Cocina o Muge) en Peña d, Costalena c2 y Botiquería 4.

Aparte de los geométricos en sí mismos, son piezas frecuentes en conjuntos industriales del Epipaleolítico reciente y del Neolítico tanto los microburiles, como producto de desecho evidente en la fabricación de aquéllos, como las piezas denticuladas.

No podemos manejar aquí estratigrafías amplias e ilustrativas que puedan aportar datos acerca de la intensidad de la utilización de la técnica del microburil en la fabricación de los elementos geométricos y su evolución en el sentido de una posible recesión en el paso del Epipaleolítico al Neolítico, tal como se ha hecho en otros yacimientos que hemos estudiado (Barandiarán, 1978; Barandiarán-Cava, 1981). Únicamente se puede afirmar que en la mayoría de los yacimientos con geométricos del País Vasco se han recogido microburiles en mayor o menor proporción; entre los niveles estudiados, los valores medios de los yacimientos son del 23,08 % en Peña d (el conjunto que incluye elementos más antiguos), del 19,59 % en Fuente Hoz I, del 7,27 % en Montico superior y del 4,58 % en Zatoya; en Santimamiñe se desconocen en los niveles de conchero, mientras que parecen relativamente abundantes en Kobeaga.

Incluso la técnica del microburil es conocida y asiduamente aplicada por los primeros usuarios de sepulcros megalíticos tal como he constatado en otra ocasión (Cava, 1984, pp. 100-101) y debo reafirmar a partir del estudio del amplio lote de piezas geométricas procedentes del sepulcro

colectivo del Miradero (Valladolid) (Delibes y otros, 1986), donde en su mayoría se aprecian huellas de existencia de picantes triedros más o menos retocados secundariamente.

En cuanto a las piezas denticuladas hay que hacer distinción rotunda del tipo de soporte de esos objetos por la diferente significación cultural y técnica que pueden tener según se trate de lascas o de láminas. Mientras que las lascas poseen escasa significatividad en sí mismas, las láminas tanto con muescas como denticuladas tienen una tipología bien definida y unas connotaciones culturales y técnicas propias. En muchas ocasiones se han considerado como elementos intermedios en la fabricación de geométricos, a los que frecuentemente se asocian, mediante la técnica del microburil.

La evolución ascendente de las piezas denticuladas en general se puede observar en yacimientos con secuencias amplias: en Santimamiñe evolucionan desde el 16,41 % en IV al 24,98 % en II (postneolítico), pasando por el 19,67 % en III; en Montico aumentan considerablemente en el conjunto superior, el 23,64 %, con respecto al inferior, el 7,46 %; en Zatoya, desde el Azilien, se, con el 4,89 %, llegan al 16,91 % en el nivel I.

Considerando en conjunto los grupos tipológicos de geométricos y denticulados, y añadiendo los valores particulares de los microburiles, se aprecia que ese conjunto industrial del Epipaleolítico/Neolítico supone índices diferentes en los distintos yacimientos, que se complementan con el peso proporcional de los útiles considerados como de sustrato. En Peña, esos tres grupos suponen el 70,78 % de la industria, cifra que refleja la acusada especialización técnica del yacimiento; en Fuente Hoz I el porcentaje es ligeramente inferior: del 68,04 %; y otros yacimientos como Montico superior o Zatoya I se quedan sólo alrededor del 45 %.

Podemos considerar, en ese sentido, yacimientos no especializados a los de Santimamiñe con entre el 18,64 y el 23,28 % para los grupos epipaleolítico/neolíticos citados; de Abautz donde sólo suponen el 11,54 %, con ausencia total de geométricos y microburiles; en Marizulo, en cambio, a pesar de la escasez general de materiales que resta validez a cualquier afirmación basada en hechos cuantitativos, los denticulados significan entre el 27 y el 35 % en los niveles no cerámicos, mientras que en el I denticulados + geométricos + microburiles representan tan sólo el 26,92 %. Todos los niveles citados completan su cuadro industrial con una fuerte proporción de elementos de sustrato, heredados directamente desde el Paleolítico superior, dominado indiscutiblemente por el grupo de los raspadores, con escasos buriles y presencia variable de grupos tales como los dorsos, los abruptos, etc.

IV. PERIODIFICACIÓN DEL NEOLÍTICO EN EL PAÍS VASCO

En un ensayo simple de sistematización del Neolítico en territorio vasco, una vez considerados los yacimientos con estratigrafías básicas y examinados los distintos datos del proceso neolitizador que éstos han proporcionado, se pueden ahora establecer varias etapas sucesivas:

1. *Los antecedentes inmediatos de la neolitización*

Se localiza en los conjuntos geométricos del Epipaleolítico reciente: niveles III de Fuente Hoz, la parte inferior y media del d de Peña, probablemente el IV de Padre Areso y el II de Arenaza. Esta etapa se sitúa a partir del cambio del séptimo al sexto milenio antes de Cristo como testimonian las fechas obtenidas en los dos primeros yacimientos citados.

En un momento inmediatamente anterior, se conocía todavía una facies industrial basada en las laminas de dorso, tal como se controla en el nivel Ib de Zatoya, en el conjunto inferior de

Montico de Charratu, en el nivel III de Arenaza y acaso en el IV de Fuente Hoz. La «mesolitización» de yacimientos como Santimamiñe y Marizulo es, al igual que su posterior neolitización, poco matizada, conservándose una base industrial uniforme en todo el relleno estratigráfico.

Conocemos poco del mecanismo de evolución, o del acceso de las poblaciones del Epipaleolítico antiguo al reciente; mientras en estos últimos yacimientos citados parecen no darse rupturas siendo mínima la incidencia del cambio en el complejo industrial, en los plenamente geometrizados la mutación se realiza de forma contundente y mucho más acentuada. Hay algunos donde su relleno comienza con un Epipaleolítico geométrico totalmente desarrollado: tal es el caso de Peña o Fuente Hoz (aquí precedido por una previa insinuación laminar); en otros aparece junto a elementos ya característicos del Neolítico: como en Montico de Charratu, Zatoya o Kobeaga II, sin poderse establecer una aparente relación filética respecto a momentos anteriores. En Arenaza quizá pueda identificarse una evolución completa del Epipaleolítico antiguo al reciente y al Neolítico, en el paso de los niveles III a II y a I, pero los datos que ahora se poseen de ese yacimiento son todavía escasos y provisionales.

2. *La primera fase del Neolítico*

En ella se manifiestan las primeras adquisiciones propias de esta etapa, en general escasas y poco características. Se reducen exclusivamente a la aparición de contados fragmentos de cerámica, casi siempre lisa y de formas no reconstruibles, junto a algunos indicios líticos aislados como por ejemplo las puntas de Sonchamp, tal como sucede en Zatoya y Kobeaga. Esta etapa se fecha a partir de mediados del quinto milenio antes de Cristo, y se ha localizado además en Fuente Hoz, nivel II. El caso de Abautz, medio milenio más antiguo que Zatoya y Fuente Hoz, es excepcional por ofrecer en tan temprana fecha pulimento con formas plenamente definidas.

No parece que el fenómeno de las cerámicas lisas aquí tenga relación alguna con la teoría apuntada de prelación de éstas sobre tipos impresos tal como se ha sugerido en otros yacimientos peninsulares, sino como un exponente de las condiciones de la neolitización en territorios supuestamente marginales. Sin embargo, las altas fechas obtenidas en yacimientos recientemente excavados demuestran un menor alejamiento cronológico del primer Neolítico en territorio vasco con respecto a las típicas estaciones mediterráneas del que se había pensado hasta ahora.

Por la actual escasez de datos al respecto, no se pueden establecer relaciones filéticas seguras entre el primer Neolítico de aquí y el conocido en áreas próximas. Sin embargo, la diferenciación geográfica entre vertiente del Ebro y fachada cantábrica marca, en líneas generales, un área de influencia francamente mediterránea al Sur y de ámbito atlántico al Norte, sin que ello quiera significar, ni mucho menos, un aislamiento entre ambas zonas. El geometrismo controlado en los territorios de Álava y Navarra parece ser preferentemente tributario (a excepción de tipos concretos) de la facies cultural definida por J. Fortea y por I. Barandiarán en yacimientos levantinos y bajoaragoneses (Fortea, 1973; Barandiarán, 1978). Concretamente, la presencia de conchas de origen mediterráneo perforadas (las *Columbellae rusticae*) que aparecen en los niveles epipaleolíticos de Fuente Hoz, Ib y I de Zatoya, IV y III de Padre Areso son claros exponentes de esa comunicación constante que desde el Mediterráneo alcanzaría puntos alejados de la Cuenca, remontando el Ebro y sus afluentes. Otro indicio de influencia mediterránea evidente es el hallazgo en nivel intacto de fragmentos de característica cerámica impresa cardial en el yacimiento de Peña Larga, en la Rioja Alavesa, excavado desde 1985 por J. Fernández Eraso; su fechación entre 3880 y 4200 BC revela una importante antigüedad para la llegada de este tipo

cerámico a tierras tan interiores (*Arkeoikuska*, 1986 y comunicación personal de J. Fernández Eraso). El fragmento de cardial reconocido por Apellániz en Arenaza fuera de estratigrafía puede no corresponder con la fechación obtenida en IC1 al final del cuarto milenio antes de Cristo.

No debe extrañar en absoluto la antigüedad que las últimas excavaciones han atribuido al Neolítico aquí, frente a lo que nuestra literatura arqueológica venía normalmente manteniendo; en contextos próximos, como por ejemplo en Francia, cada vez son más frecuentes las fechaciones del quinto milenio antes de Cristo para el Neolítico antiguo de territorios interiores o incluso situados en la misma fachada atlántica, con ajuares de cerámica impresa, e incluso típicamente cardial.

En Aveyron se han datado los yacimientos de La Poujade, nivel 7 con cerámica e industria geométrica, entre 5040 y 4550 BC (Arnal, 1983) y de Puechmargues II también con cerámica e industria lítica con geométricos entre los que destacan triángulos cortos de tipo Sonchamp en 4470 BC (Maury, 1982). En el Oeste tenemos las fechas de Grouin-du-Cou (Vendée) entre 4530 y 4350 BC, con cerámica impresa (Joussaume-Boiral, 1986); de Gouillauds (Charente-Maritime) en 4000 BC y de la Balise (Gironde) en 3880 BC, ambos lugares, con fragmentos de cerámica impresa con concha (Joussaume, 1986); posteriormente ese mismo lugar ha sido datado en 3960 BC (Delibrias y otros, 1986). Además de estas fechas hay en el Centro-Oeste de Francia varias localizaciones con cerámicas impresas, frecuentemente con concha de bivalvo; en Chérac (Charente-Maritime), en Batard y en Logueville-Plage (Vendée) y en Bellefonds (Vienne) (Joussaume-Boiral, 1986).

En Dordogne el mismo nivel c2 de Rouffignac, del Tardenoisense evolucionado, proporcionó la fecha de 4450 BC (Barrière, 1975). En Atlantiques Pyrénées en la cueva de Espalungue se ha datado un depósito con escasos materiales y una fauna integrada por ciervo, caballo, suido indeterminado, perro y acaso cordero en 4090 BC (Blanc, 1986). En Haute Loire, el sitio de Longuetraye ha proporcionado un nivel con cerámica e industria geométrica datado en 4260 BC, mientras que en Estables se ha localizado un fragmento de cardial fuera de contexto (Daugas, 1976). En ese ámbito cronológico queda incluida la fecha del nivel c de Roucadour (Lot), de 3980 BC, la obtenida hace más años para un conjunto neolítico de interior en el Sur y Oeste de Francia (Niederlender-Lacam-Arnal, 1966).

3. *El Neolítico avanzado*

Sus características culturales en poco difieren en las descritas de la fase antigua del período. Las cerámicas continúan siendo preferentemente lisas, a las que se unen, en algunos yacimientos como Arenaza o Los Husos, algunas incisas o con decoración plástica. La industria lítica mantiene una composición semejante a la precedente, siguiendo cada yacimiento sus propias directrices evolutivas.

Esta etapa se ha diferenciado en niveles incluidos en más amplias estratigrafías donde se han registrado depósitos más antiguos ya con cerámica, o posteriores eneolíticos, con respecto a los cuales no ofrecen solución de continuidad: así sucede en Fuente Hoz (nivel I) y en Abauntz (nivel b4), fechados ambos en la segunda mitad del cuarto milenio antes de Cristo. Es posible, aunque los datos sean todavía inseguros, por escasos y provisionales, que pertenezca a esta época el nivel II de Padre Areso, así como el suelo localizado sobre el nivel d de La Peña. En Álava, se puede considerar como Neolítico avanzado el estrato IV de Los Husos, por su continuidad directa en el Eneolítico antiguo, inmediatamente superpuesto, datado en 2780 BC. En la vertiente

atlántica pueden pertenecer a esta misma etapa los niveles I de Marizulo y IC de Arenaza, al margen de una posible diferenciación de este nivel en dos estadios consecutivos tal como se apunta en la última campaña de excavaciones publicada en extenso (Apellániz-Altuna, 1975c, pp. 191-194). Ambos conjuntos se han fechado asimismo en el último tercio del cuarto milenio antes de Cristo.

Es imposible, por el momento, hacer un diagnóstico preciso de otras manifestaciones neolíticas aisladas de contexto estratigráfico inmediato. Tal es el caso del conjunto superior de Montico de Charratu o los de algunos yacimientos de superficie que últimamente se están poniendo en evidencia: La Renke o Berniollo en Álava (*Arkeoikuska*, 84, 85 y 86) y Urbasa 11 en Navarra (Cava, 1986).

Como única novedad importante de esta etapa con respecto a los niveles neolíticos más antiguos, hay que citar la generalización de la presencia de restos de animales domésticos, aunque en algunos casos en proporción todavía desfavorable frente a las especies salvajes cazadas: así en Fuente Hoz I, en Abauntz b4, en Marizulo I; mientras que en otros son ya predominantes los domésticos: como en Los Husos IV y en Arenaza I, en el paso del cuarto al tercer milenio antes de Cristo, en un ambiente pre-eneolítico.

4. *Los inicios del megalitismo*

Las investigaciones de los últimos años acerca del megalitismo en el País Vasco y zonas colindantes del Valle del Ebro y de la Meseta han puesto de manifiesto la relativa antigüedad de las primeras manifestaciones funerarias en esos grandes monumentos.

Ya en 1974 Maluquer de Motes sugería fechas del cuarto milenio para la expansión del megalitismo en la Rioja Alavesa (Maluquer de Motes, 1974, p. 87); los estudios de T. Andrés, desde 1976, van encaminados a la diferenciación de varias etapas sucesivas en la utilización de los dólmenes en la Cuenca del Ebro, reconociendo la construcción y primera utilización de algunos de ellos en una fase avanzada del Neolítico (Andrés, 1977, 1978, 1986). Los trabajos de campo de Pérez Arrondo en la riojana estación de Nalda, donde el nivel inferior del sepulcro de corredor de Peña Guerra II se fecha en $2690/2680 \pm 60$ (CSIC-626) (Pérez Arrondo, 1986, p. 270); de Delibes en Burgos y Valladolid con la datación del también sepulcro de corredor de Ciella (Sedano) en 3340 BC, y del enterramiento tumular de El Miradero (Villanueva de los Caballeros) en 3205 ± 35 BC (G2N-12101) y 3165 ± 35 BC (G2N-12100) (Delibes y otros, 1984, p. 32 y 1986, p. 234); han venido a apoyar plenamente la estratigrafía puesta de manifiesto en 1964 en el dolmen de San Martín en la Rioja Alavesa (Barandiarán-Fernández Medrano, 1964).

Estas fechaciones, sobre todo las más antiguas, se inscriben perfectamente en el marco de los inicios de las manifestaciones megalíticas en otras áreas del Occidente europeo: en Portugal y en la fachada atlántica de Francia, en especial en Bretaña.

El ajuar hallado en esta primera utilización funeraria megalítica es relativamente más rico que el recuperado hasta ahora en los yacimientos de habitación parcialmente contemporáneos. Hay útiles pulimentados de tipología definida, así como algunos elementos elaborados de industria ósea y de adorno personal. La industria lítica (Cava, 1984) se asemeja globalmente bastante a la descrita en los yacimientos de habitación, observándose no obstante diferencias importantes de detalle; está integrada por un conjunto de sustrato formado por raspadores, piezas de retoque abrupto, truncaduras, perforadores...: los raspadores son el tipo dominante sobre los demás, mientras que los perforadores ofrecen formas características de extremo bien desarrollado a veces con retoque plano.

Entre los objetos más característicos de la industria lítica de los enterramientos de este período están los geométricos, todos ellos de retoque abrupto y predominando los tipos trapeciales sobre los triangulares de modo significativo; estas piezas desaparecen en la segunda utilización dolménica siendo masivamente sustituidas por las puntas de flecha de retoque plano. La relación entre estos geométricos y los procedentes de yacimientos de habitación es difícil de establecer pues parecen responder a diferentes normas tecno-tipométricas, en el sentido de un mayor tamaño absoluto de los procedentes de los dólmenes, unido a una menor variedad en tipos internos, con la desaparición de las formas con lados cóncavos pronunciados. Además, la uniformidad de tipos, tamaños y técnicas de los geométricos en todas las áreas megalíticas peninsulares sugiere la posibilidad de que esos objetos formaran parte integrante del ajuar característico de los enterramientos, y de que su expansión por las distintas zonas geográficas se deba al influjo mismo que origina la introducción de esos nuevos ritos funerarios a partir, al menos en lo que se refiere al País Vasco meridional, probablemente de las áreas sur-occidentales de la Península, cuyos hitos intermedios estarían en las estaciones dolménicas de Extremadura y Meseta Norte.

Las fechas de Los Husos, nivel IIIB, en 2780 BC; del túmulo-dolmen de Kurtzebide (también en Álava) en 2495 BC (Vegas, 1981); de Abautz b2, en 2290 BC; de la base del nivel b de La Peña, en 2400 BC; o de los enterramientos practicados en la guipuzcoana cueva de Iruaxpe, en 2180 BC (Armendáriz y otros, 1987), marcan de una forma amplia el final del Neolítico y el desarrollo de un Eneolítico de ambiente antiguo (precampaniforme) en el País Vasco peninsular.

V. CONCLUSIÓN

Ante la escasez de otros elementos de cultura material pienso que una información inestimable en el proceso de meso-neolitización de las poblaciones de estos territorios la proporciona la industria lítica, cuya composición revela situaciones comparables con conjuntos quizá más ricos en otras categorías de manifestaciones de entornos próximos: tanto en el Sur y Oeste de Francia, como en la Cuenca media del Ebro.

Así se puede percibir una evolución lineal del Epipaleolítico reciente al Neolítico, con una transformación profunda, al menos en el utillaje lítico; profunda en ambos períodos con respecto al Epipaleolítico antiguo al abandonarse las industrias de laminillas de dorso y puntas de estilo aziloide. Este proceso se aprecia en general con mayor claridad (es más drástico el cambio) en la vertiente del Ebro, mientras que en la franja costera se mantienen usos tradicionales en la mayoría de los yacimientos: allí, sobre una base microlaminar de dorsos bien desarrollada, incide un débil geometrismo que no afecta apenas a las proporciones internas de las industrias de los diversos conjuntos.

La neolitización es pues un proceso progresivo:

- En una primera fase, con la adquisición de mínimas novedades técnicas, aparición de la cerámica y, con mayores dudas, del pulimento en su más estricta acepción. La cerámica es lisa y su extremada fragmentación no permite la reconstrucción de formas; por ahora no se conocen restos de animales domésticos en esta etapa; la base industrial está en absoluta continuidad con respecto al Epipaleolítico reciente. Su cronología asciende a la segunda mitad del V milenio BC.
- En una segunda fase, con la ampliación de las adquisiciones técnicas. En lo que se refiere a la cerámica, se generalizan decoraciones incisas, plásticas e impresas, estas últimas ya pre-

sentes en algún conjunto a fines del V milenio BC. En esta etapa se introduce la domesticación animal y sigue sin haber indicios seguros de agricultura en sentido estricto de cultivo sistemático y no de recolección. La cronología de la etapa podría fijarse a partir del IV milenio ya comenzado.

- En un momento avanzado del Neolítico (último tercio del IV milenio BC) se introduce aquí el ritual funerario megalítico, cuyo uso se prolongará hasta avanzado el segundo milenio.

En la evolución cultural/técnica y tipológica (por qué no también acaso en lo económico o en lo social), el verdadero cambio debió de haberse producido en dos momentos. Por un lado, en el acceso al Epipaleolítico reciente y no en su paso al Neolítico: ese proceso de mutación es verdaderamente oscuro en nuestras estratigrafías, ¿a excepción acaso de Fuente Hoz y Arenaza?; en Zatoya nos encontramos con una colada estalagmítica que revela la inhabilitabilidad de la cueva en esta etapa. Por otro, con la consolidación del hábitat estable (preferiblemente al aire libre), y de la economía productora (generalización de la domesticación anterior y desarrollo de la agricultura) que sólo llegará aquí en el Eneolítico.

U.P.V.

Área de Prehistoria

ANA C. CAVA

BIBLIOGRAFÍA CITADA EN EL TEXTO

- ALTUNA, J., 1979: «La faune des ongulés du Tardiglaciaire en Pays Basque et dans le reste de la région cantabrique», *La fin des temps glaciaires en Europe. Chronostratigraphie et Écologie des cultures du Paléolithique final*, Tarence 1977, t. I, pp. 88-96. París.
- ALTUNA, J., 1980: «Historia de la domesticación animal en el País Vasco desde sus orígenes hasta la romanización», *Munibe* 32, pp. 9-163.
- ALTUNA, J.; MARIEZKURRENA, K., 1982: «Restos óseos del yacimiento prehistórico de Abautz (Arraiz, Navarra)», *Trabajos de Arqueología Navarra* 3, pp. 347-353.
- ANDRÉS, T., 1977: «Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro: consideraciones críticas», *Príncipe de Viana* 146-147, pp. 65-129.
- ANDRÉS, T., 1978: *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la Cuenca Media del Ebro*, Zaragoza.
- ANDRÉS, T., 1986: «Sobre cronología dolménica: País Vasco, Navarra y Rioja», *Estudios en homenaje al Dr. A. Beltrán Martínez*, pp. 237-265. Zaragoza.
- APELLÁNIZ, J. M., 1974: «El grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco», *Estudios de Arqueología Alavesa* 7, pp. 7-409.
- APELLÁNIZ, J. M., 1975a: «El grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica», *Munibe* 27, pp. 3-136.
- APELLÁNIZ, J. M., 1975b: «El campamento mesolítico de pescadores de Kobeaga II. Ispáster», *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria* 4, pp. 231-240.
- APELLÁNIZ, J. M.; ALTUNA, J., 1975a: «Excavaciones en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya). Primera campaña, 1972. Neolítico y Mesolítico final», *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria* 4, pp. 122-156.
- APELLÁNIZ, J. M.; ALTUNA, J., 1975b: «Memoria de la II campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)», *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria* 4, pp. 157-181.
- APELLÁNIZ, J. M.; ALTUNA, J., 1975c: «Memoria de la III campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)», *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria* 4, pp. 186-197.

- ARANZADI, T.; BARANDIARÁN, J. M., 1935: *Exploraciones en la caverna de Santimamiñe (Basondo, Cortézubi)*. 3.^a Memoria - Yacimientos azilienses y paleolíticos. *Exploraciones en la caverna de Lumentxa (Lequeitio)*. Bilbao.
- ARANZADI, T.; BARANDIARÁN, J. M.; EGUREN, E., 1931: *Exploraciones de la caverna de Santimamiñe (Basondo, Cortézubi)*. 2.^a Memoria - Los niveles con cerámica y el conchero. Bilbao. *Arkeoikuskua* 81-82, 83, 84, 85 y 86, Departamento de Cultura y Turismo. Gobierno Vasco. Vitoria.
- ARMENDÁRIZ, A.; ETXEBERRÍA, F., 1983: «Las cuevas sepulcrales de la Edad del Bronce en Guipúzcoa», *Munibe* 35, pp. 247-354.
- ARMENDÁRIZ, A.; ETXEBERRÍA, F.; HERRASTI, L.; MÚGICA, J. A.; ZUMALABE, F., 1987: «Excavación de la cueva sepulcral Iruaxpe I (Aretxabaleta, Guipúzcoa)», *Munibe* 39, pp. 68-77.
- ARNAL, G. B., 1983: *La grotte de Saint-Pierre de la Fage (Hérault) et le Néolithique ancien du Languedoc*, Mémoires du Centre de Recherche Archéologique du Haut Languedoc n° 3.
- BALDEÓN, A., 1983: «Raíces en la Prehistoria», *Álava en sus manos*, t. 3, fasc. 18, pp. 9-40.
- BALDEÓN, A.; GARCÍA, E.; ORTIZ, L.; LOBO, P., 1983a: «Excavaciones en el yacimiento de Fuente Hoz (Anúcita, Álava). Informe preliminar. I campaña de excavaciones», *Estudios de Arqueología Alavesa* 11, pp. 7-67.
- BALDEÓN, A.; BERGANZA, E.; GARCÍA, E., 1983b: «Estudio del yacimiento en 'El Montico de Charratu (Albaina, Treviño)»», *Estudios de Arqueología Alavesa* 11, pp. 121-186.
- BALDEÓN, A.; ORTIZ, L., sin fecha: *Fuente Hoz*, Museo de Arqueología. Diputación Foral de Álava. Vitoria.
- BARANDIARÁN, I., 1977: «El proceso de transición Epipaleolítico-Neolítico en la cueva de Zatoya», *Príncipe de Viana* 146-147, pp. 5-46.
- BARANDIARÁN, I., 1978: «El abrigo de Botiquería dels Moros, Mazaleón (Teruel). Excavaciones arqueológicas de 1974», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense* 5, pp. 49-139.
- BARANDIARÁN, I., 1979: «Excavaciones en el covacho de Berroberría (Urdax), Campaña de 1977», *Trabajos de Arqueología Navarra* 1, pp. 11-60.
- BARANDIARÁN, I., 1987: «La Prehistoria de Navarra: estado actual de los estudios», *Príncipe de Viana*, anejo 6: Primer Congreso General de Historia de Navarra, pp. 63-88.
- BARANDIARÁN, I.; CAVA, A., 1981: «Epipaleolítico y Neolítico en el abrigo de Costalena (Bajo Aragón)», *Bajo Aragón Prehistoria* 3, pp. 5-20.
- BARANDIARÁN, I.; CAVA, A., 1985: «Las industrias líticas del Epipaleolítico y del Neolítico en el Bajo Aragón», *Bajo Aragón Prehistoria* 5, pp. 49-85.
- BARANDIARÁN, J. M., 1953: *El Hombre Prehistórico en el País Vasco*, Buenos Aires.
- BARANDIARÁN, J. M., 1962: *Excavaciones en Santimamiñe (Campaña de 1961)*, Excavaciones Arqueológicas en España n.º 7.
- BARANDIARÁN, J. M., 1966: «Excavaciones en el Montico del Charratu», *Estudios de Arqueología Alavesa* 1, pp. 41-59.
- BARANDIARÁN, J. M., 1967: «Excavaciones en el Montico del Charratu y en Sarracho», *Estudios de Arqueología Alavesa* 2, pp. 7-20.
- BARANDIARÁN, J. M.; FERNÁNDEZ MEDRANO, D., 1964: «Excavaciones en el dolmen de San Martín (Laguardia)», *Boletín de la Institución Sancho el Sabio* VIII, 1-2, pp. 3-28.
- BARRIÈRE, C., 1975: *Rouffignac. L'Archéologie*, Mémoires de l'Institut d'Art Préhistorique II, fasc. 1 y 2. Toulouse-Le Mirail.
- BEGUIRISTAIN, M. A., 1979: «Cata estratigráfica en la cueva del Padre Areso (Bigüezal)», *Trabajos de Arqueología Navarra* 1, pp. 77-90.
- BEGUIRISTAIN, M. A., 1982: «Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y la Edad del Bronce en el Alto Valle del Ebro», *Trabajos de Arqueología Navarra* 3, pp. 59-156.
- BEGUIRISTAIN, M. A.; CAVA, A., 1985: «Exploraciones en el abrigo de «La Peña» (Marañón, Navarra). Informe preliminar», *Trabajos de Arqueología Navarra* 4, pp. 7-18.
- BLANC, C., 1986: «Première synthèse des datations au Carbonne 14 pour le Béarn (P.A.). Du Néolithique a l'Âge du Fer», *Archéologie des Pyrénées Occidentales* 6, pp. 115-140.
- BROGLIO, A., 1975: «Le passage du Paléolithique supérieur au Néolithique dans la Région Vénétie-Trentin-Frioul», *L'Épipaléolithique méditerranéen*, Actes du Colloque International d'Aix-en-Provence 1972, pp. 5-21.
- CASTAÑOS, P. M., 1984: «Estudio de los macromamíferos de la cueva de Santimamiñe (Vizcaya)», *Kobie (Serie Paleontología y Ciencias Naturales)* XIV, pp. 235-318.
- CASTAÑOS, P. M., en prensa: «Estudio de la macrofauna del abrigo de «La Peña» (Marañón, Navarra)», *Trabajos de Arqueología Navarra*.
- CAVA, A., 1975: «La industria lítica de los niveles postazilienses de Santimamiñe (Vizcaya)», *Sautuola* 1, pp. 53-73.
- CAVA, A., 1978: «El depósito arqueológico de la cueva de Marizulo (Guipúzcoa)», *Munibe* 30, pp. 155-172.

- CAVA, A., 1984: «La industria lítica en los dólmenes del País Vasco meridional», *Veleia* 1, pp. 51-145.
- CAVA, A., 1986: «Un asentamiento neolítico en la Sierra de Urbasa: Urb. 11», *Trabajos de Arqueología Navarra* 5, pp. 19-75.
- CAVA, A.; BEGUIRISTAIN, M. A., 1987: «Cronología absoluta de la estratigrafía del abrigo de La Peña (Marañón, Navarra)», *Veleia* 4, pp. 87-94.
- DANIEL, R.; VIGNARD, E., 1953: «Tableaux synoptiques des principaux microlithes géométriques du Tardenoisien français», *Bolletim de la S.P.F.* 50, pp. 314-322.
- DAUGAS, J. P., 1976: «Les civilisations néolithiques dans le Massif Central», *La Préhistoire française. II. Les civilisations néolithiques et protohistoriques de la France*, pp. 313-325.
- DELIBES, G.; ALONSO, M.; GALVÁN, R., 1986: «El Miradero: un enterramiento colectivo tardoneolítico de Villanueva de los Caballeros (Valladolid)», *Estudios en homenaje al Dr. A. Beltrán Martínez*, pp. 227-236. Zaragoza.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ, J.; ROMERO, F.; MARTÍN VALLS, R., 1984: «La Prehistoria en el Valle del Duero», *Historia de Castilla y León*, t. 1. Valladolid.
- DELIBRIAS, G.; GUILLIER, M. T.; EVIN, J.; CHEVALIER, J., 1987: «Sommaire des datations 14C concernant la préhistoire en France. III. Dates effectuées de 1979 à fin 1984», *Bulletin de la S.P.F.* 84, pp. 207-223.
- FORTEA, J., 1973: *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*, Salamanca.
- GONZÁLEZ SÁINZ, C.; GONZÁLEZ MORALES, M., 1986: *La Prehistoria en Cantabria*, Santander.
- JOUSSAUME, R., 1986: «La néolithisation du Centre-Ouest», *Hommage à G. Bailloud*, pp. 161-179. París.
- JOUSSAUME, R.; BOIRAL, M., 1986: «Sites préhistoriques submergés à la Tranche-sur-Mer (Vendée). I. Étude Archéologique», *Bulletin de la S.P.F.* 83, pp. 423-430.
- JOUSSAUME, R.; JAUNEAU, J. M.; BOIRAL, M.; ROBIN, P.; GACHINA, J., 1979: «Néolithique ancien du Centre-Ouest. Note préliminaire», *Bulletin de la S.P.F.* 76, pp. 178-183.
- LABORDE, M.; BARANDIARÁN, J. M.; ATAURI, T.; ALTUNA, J., 1965: «Excavaciones en Marizulo (Urnieta)», *Munibe* 17, pp. 103-107.
- LABORDE, M.; BARANDIARÁN, J. M.; ATAURI, T.; ALTUNA, J., 1966: «Excavaciones en Marizulo (campaña de 1964)», *Munibe* 18, pp. 33-36.
- LABORDE, M.; BARANDIARÁN, J. M.; ATAURI, T.; ALTUNA, J., 1967: «Excavaciones en Marizulo (Urnieta) (campañas de 1965 y 1967)», *Munibe* 19, pp. 261-270.
- LÓPEZ, P., 1982: «Abauntz: análisis polínico», *trabajos de Arqueología Navarra* 3, pp. 355-358.
- LÓPEZ, P., en prensa: «Estudio palinológico de los sedimentos de La Peña», *Trabajos de Arqueología Navarra*.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1974: «En torno a la cultura megalítica de la Rioja Alavesa», *Estudios de Arqueología Alavesa* 6, pp. 237-255.
- MARCOS, J. L., 1982: «Carta Arqueológica de Vizcaya. Primera parte: yacimientos en cueva», *Cuadernos de arqueología de Deusto*, n.º 8, Bilbao.
- MARIEZKURRENA, K., 1983: «Fauna del yacimiento prehistórico de Fuente Hoz (Álava) (Informe preliminar)», *Estudios de Arqueología Alavesa* 11, pp. 69-75.
- MARSAN, G., 1972: *Le problème du Néolithique dans les Pyrénées occidentales*, Thèse de Troisième Cycle. Université de Paris I.
- MARTÍ OLIVER, B., 1978: «El Neolítico de la Península Ibérica. Estado actual de los problemas relativos al proceso de neolitización y evolución de las culturas neolíticas», *Saguntum* 13, pp. 59-98.
- MAURY, J., 1982: «Le Néolithique ancien des Grandes Causses dans l'abri de Combe Grèze (Commune de Cresse-Aveyron)», *Le Néolithique ancien méditerranéen*, Actes du Colloque International de Préhistoire-Montpellier 1981, pp. 261-264.
- MUÑOZ, A. M., 1966: «El Neolítico del País Vasco», *IV Symposium de Prehistoria Peninsular. Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas*, pp. 107-114. Pamplona.
- MUÑOZ, M., 1976: «Microlitismo geométrico en el País Vasco», *Cuadernos de Arqueología de Deusto*, n.º 4, Bilbao.
- NIEDERLENDER, A.; LACAM, R.; ARNAL, J., 1966: *Le gisement néolithique de Roucadour (Thémines, Lot)*, III supl. a *Gallia Préhistoire*, París.
- ORTIZ, L., 1987: «El hábitat en Álava desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce», *Estudios de Arqueología Alavesa* 15, pp. 7-102.
- PÉREZ ARRONDO, C., 1986: «Algunos datos para el estudio de la Edad de los Metales en el Valle del Ebro medio», *Estudios en homenaje al Dr. A. Beltrán Martínez*, pp. 267-283. Zaragoza.
- ROUSSOT-LARROQUE, J., 1974: «Microlithes post-mésolithiques en Aquitaine: trois types nouveaux et leurs corrélations», *Bulletin de la S.P.F.* 71, pp. 13-18.

- ROUSSOT-LARROQUE, J., 1977: «Néolithisation et Néolithique ancien d'Aquitaine», *Bulletin de la S.P.F.* 74, pp. 559-582.
- UTRILLA, P., 1982: «El yacimiento de la cueva de Abautz (Arraiz, Navarra)», *Trabajos de Arqueología Navarra* 3, pp. 203-345.
- VEGAS, J. I., 1981: «Túmulo-dolmen de Kurtzebide en Letona», *Estudios de Arqueología Alavesa* 10, pp. 19-66.



RESUMEN

Se revisan los once yacimientos estratificados con restos más significativos del Neolítico en el País Vasco meridional, así como algunas localizaciones superficiales recientemente excavadas o publicadas. Con los datos obtenidos se intenta dar una visión global de los diferentes aspectos medioambientales, económicos y tecnológicos de esta etapa aquí, enmarcándola en su contexto atlántico del Sur-Oeste de Europa. Como conclusiones se establecen unas etapas consecutivas de evolución cultural desde unos antecedentes inmediatos a la neolitización, durante el Epipaleolítico geométrico, hasta el final del Neolítico, con la introducción de las primeras formas de inhumación en megalitos, basadas en el control estratigráfico y en las series de fechaciones absolutas.